

**Vacaciones en Malibú**  
Por **Javier Luque**

**Prólogo**

(Tarde del miércoles)

El atardecer se proyecta sobre los edificios, dos hileras de automóviles flanquean el asfalto. De vez en cuando, el rugido de un motor perturba el silencio. A cien metros, la calle se ensancha en una plaza solitaria. Una mujer camina hacia allí: cazadora de cuero negro sobre una camiseta de tirantes y una minifalda. En su espalda oscila una mochila. Tiene el pelo negro, muy corto. Al llegar a la plaza, entra en una cabina telefónica, introduce una moneda en el aparato y marca un número. Habla con alguien. Pasados un par de minutos sale de la cabina y se dirige hacia un hombre que camina por la acera con las manos en los bolsillos: chaqueta tres cuartos de algodón y vaqueros. Ella se detiene, se apoya en un coche y espera.

—¿Dónde tienes el coche? —pregunta él sin saludar.

—¿Qué te pasa, no sabes cuál es tu coche?

Ella le tiende las llaves que ha sacado de un bolsillo. El hombre abre el maletero. Dentro hay un paquete, del tamaño de una maleta pequeña, y un sobre abultado. Hace ademán de coger el paquete, pero cambia de idea y se decide por el sobre. Luego se vuelve hacia la mujer.

—Toma. —Le da el sobre—. Es el dinero para lo de esta noche. Guárdalo tú, estará mejor que en el coche.

Ella coge el sobre y lo mete en la mochila. El hombre aprovecha la distracción, saca un estilete de la chaqueta y, antes de que ella pueda darse cuenta, se lo clava entre los pechos. La mujer parece que va a desplomarse, pero su atacante la sujeta por las axilas y la apoya contra el coche. Una persona camina a lo lejos en dirección hacia ellos. El hombre se percata, arrastra a su víctima hacia el maletero, la empuja dentro y la envuelve con una manta. La mochila se ha escurrido del brazo de la mujer y está en el suelo junto al bordillo, recostada en la rueda de un coche que la oculta de la vista. El hombre cierra el maletero, sube al coche y arranca. La persona que se aproxima por la acera, otra mujer, llega al lugar que antes ocupaba el coche y cruza al otro lado de la calle.

**Primera Parte**

Marta Fraile

## I

(Mañana del jueves)

¿Que cómo ocurrió? Imagino que como todo, porque sí, sin motivo aparente; con la mala leche que se gasta la vida: un día estás dormida y suena el despertador. Así comenzó aquello: un zumbido intermitente y yo que estiro el brazo y le doy un golpe al despertador. Odio el ruido de los despertadores; me da igual una campana, un timbre, un zumbido o una maldita música. Eran las siete. Como siempre, me abracé a la almohada y apuré unos minutos robados. No sé tú, pero yo no puedo dar un salto y ya está. Miro el reloj a cada momento, pero no me levanto. Aquel día fue lo mismo: miré el reloj dos o tres veces antes de levantarme. Eran las siete y diez. La luz se filtraba a través de la persiana de juncos e iluminaba lo suficiente la habitación como para no tener que encender la luz. Imagino que haría lo de costumbre al levantarme, no había motivo para otra cosa, aunque fuese mi cumpleaños. Eso no se me olvida; cumplía treinta años. Pensé que era el principio y el final de algo, tal vez el principio de la madurez, seguro el final de la juventud. Me sentí vieja y desde entonces me persigue la misma sensación estúpida, lo sé. Además, pensé otras muchas cosas, idioteces en su mayoría, o que me avergonzaría decir en voz alta, por pudor. Me alegró que Miguel... Sí, tengo un hijo de once años. Pues me alegró que estuviera en la Península con mi madre. Hacía mucho que necesitaba tiempo para mí. Apenas me conoces y no quiero que te hagas una idea equivocada. Mi vida no ha sido fácil y no sólo por lo que ha pasado desde que me conoces, sino desde antes. Algún día igual te lo cuento, ahora te vale con que sepas que mi padre murió hace años y que mi madre y yo nos llevamos a matar; más de diez minutos juntas y hay bronca. Me casé con diecinueve años y cuando me quise dar cuenta estaba embarazada; no había pasado un año y ya tenía un hijo y un marido al que no soportaba. Me divorcié: qué coño iba a hacer. Mi ex es un capullo diez años mayor que yo, que no ha salido del cascarón todavía, ni creo que salga. Ahora dice que está atravesando la crisis de los cuarenta. Espero que Miguel sólo haya heredado de él los ojos azules, el pelo rubio y la estatura; más que suficiente. Ya te he dicho que yo era muy joven y si ahora no puedo decir que sea muy lista, imagínate entonces. Nadie me ha regalado nunca el dinero con el que pagar las facturas, tampoco en eso el ex ha sido una gran ayuda; qué se le va a hacer. Cuando me divorcié, le eché ovarios y puse dos mil kilómetros entre mi familia, mi ex y mi pasado, y me vine aquí. Si algo he aprendido es que nada es gratis, todo cuesta, más de

lo que vale. Así es este asqueroso mundo. Pero ya está bien de contarte mi vida y volvamos a aquel día. Estaba desnuda, frente al espejo, ya sabes, con coquetería o con zozobra; las dos únicas maneras de mirarse al espejo. Después viene la ducha, lo único que me pone en marcha. Lo que me pasa allí, bajo el agua, no voy a decírtelo. Por cierto, ¿Por qué tienes tanto empeño en los detalles? Sólo te contaré que aquel día eché de menos a Juanjo, uno de esos hombres que una acaba encontrando una mala noche de soledad. Un malnacido; siempre lo supe. No sé nada de él desde hace más de un año. Era un cabrón, pero jodía como los ángeles, ya está dicho. Si te lo cuento es para que sepas que hacía un siglo que parecía una monja, y no es mi estilo, puedes jurarlo. Ese día, también vencía la última letra del coche; un buen regalo de cumpleaños. Ya ves, el sexo y el dinero siempre acaban de la mano. Iba tarde. En eso mi madre sí tiene razón. «Martita – me dice, porque ella me llama Martita, aunque a mí me sienta fatal – , vas a llegar tarde a tu entierro». A mí no me hace gracia.

Salí de la ducha, me vestí a la carrera y salí pitando. Ni siquiera esperé el ascensor y bajé las escaleras de dos en dos. Entre maldiciones y diciéndome que debería comprarme una plaza de garaje, llegué al coche. Me iba a llevar otra bronca por llegar tarde; injusta, porque si lo uno es cierto también lo es que soy la que más horas trabaja, la que más rinde y a quien recurre el jefe cuando hay algo complicado, y la que más pisos vende, a pesar de la Thatcher, de los mineros ingleses, de la falta de turistas y de que los desgraciados de los políticos, encabezados por Solchaga, se crean que de las putas Olimpiadas y la Expo aquí nos va a llegar algo. Había calima. Era temprano, pero hacía calor. En unas horas nos íbamos a cocer. Vivo en una calle estrecha y fea, una combinación de especulación y mal gusto, sin más. Su única ventaja es que es céntrica. Un barrio de los de siempre, de gente humilde. Antes más; ahora la proximidad a la zona comercial, a las oficinas y a los bancos, a todo eso, le ha dado caché. Rebusqué las llaves en el bolso. Entonces vi la mochila de piel negra junto a la rueda. La recogí. No vi a nadie que pudiera ser su dueño. Ahí empezó todo, o puede que antes, es igual. Desde que cogí el puto bolso del suelo nada ha vuelto a ser lo mismo. El tráfico era horrible y todos los semáforos me pillaban en rojo. En uno, me entretuve en revolver en la mochila. No había documentación, ni forma de identificar al dueño. Entonces tropecé con el dinero. Me lo dije en aquel momento y lo sigo pensando ahora, era un buen pellizco. Me quedé de piedra, con la mirada perdida en los barcos del muelle. El semáforo se puso verde, un tipo gordo con cara de sapo, que conducía el coche que tenía detrás, tocó la bocina. Mientras le llamaba gilipollas, pensé que el dinero era un problema. Yo no tenía nada

que ocultar, pero el bolso comenzó a quemarme. Me dio miedo. Demasiado dinero para perderlo sin más; no podía ser limpio. Comenzó a dolerme la cabeza. Al final me fui a comisaría. En fin, me dije, adiós Malibú, porque llevo años soñando con pasar allí unas vacaciones, aunque no sé localizar esa playa en el mapa.

— Buenos días — le dije.

Él poli me devolvió el saludo con desgana, farfullando las palabras.

— ¿Qué desea? — dijo.

Me miró de arriba abajo con descaro. Empezábamos mal, pensé, pero ya estoy acostumbrada a la zafiedad, que de poco sirve que estemos casi en los noventa, en pleno siglo XX, o pensando ya en el XXI.

— He encontrado esto en la calle — dije.

Dejé la mochila sobre el mostrador.

— Bien — dijo.

El poli cogió un formulario y empezó un interrogatorio rutinario:

— Me da su nombre, por favor.

— Marta Fraile Amador.

— ¿Dirección?

— San Francisco sesenta y nueve, segundo E.

— Teléfono, por favor.

— Veintisiete, setenta y cinco, setenta y cuatro.

— Me deja su carné de identidad.

Si aquel gilipollas pensaba pedirme el carné, ¿para qué coño me preguntaba lo que podía copiar directamente de él? No iba a montar el número allí dentro, así que se lo di. Discutir con vosotros no trae más que problemas.

— ¿Dice usted que lo encontró en la calle? — siguió.

— Sí, estaba junto a una rueda de mi coche.

— ¿Sabe qué contiene?

El tipejo hablaba mirándome el escote. En lugar de contestar, estuve a punto de decirle que mi cara estaba más arriba, pero era un policía de mierda. Sí, de mierda. No te hagas el ofendido, que más de uno entráis en la categoría.

— Sí — dije —, lo abrí para ver si había algún documento, pero no hay nada; al menos yo no lo he visto. Sólo hay dinero.

No negué el registro, mis huellas debían de estar por todas partes. Aunque no sé por qué pensé en las huellas; imagino que demasiada televisión. Pero es igual el motivo, lo

pensé, y mientras yo me dedicaba a elucubrar, el policía abrió la mochila y vació el contenido sobre el mostrador.

–Pues sí, un buen dinero –dijo.

El tipo sonreía, una sonrisa insultante que me llamaba pringada. Él no lo hubiera devuelto. Su cara era una mueca estúpida.

–Si aparece, el propietario de esto tendrá mucho que agradecerle –dijo—. Aunque no espere una recompensa, los hay que ni siquiera dan las gracias.

Los polis no me gustáis y aquel era un cretino; un cretino con uniforme.

–Firme aquí –más que decir, ordenó.

Garabateé mi firma y me quedé esperando a que me diera una copia.

–Si es necesario, ya nos pondremos en contacto con usted.

Me entregó la copia del formulario apenas legible. Salí de allí pensando en lo tarde que era. Tenía una buena excusa, pero prefería aguantar la bronca de mi jefe que admitir que había devuelto un bolso lleno de dinero.

## II

(Mañana del viernes)

El timbre debió de sonar varias veces, pero yo no las oí todas. Me revolví en la cama, como si estuviera soñando, o entre sueños. Más campanillas y no pude seguir negándome. Miré el despertador: las ocho y media. Me levanté medio sonámbula. Al pasar frente al espejo, vi que iba desnuda. Retrocedí y descolgué una bata, me la puse mientras caminaba hacia la puerta. Iba maldiciendo, me molesta que me despierten los únicos días que puedo descansar, y aquel día era fiesta: el maldito Viernes Santo. Bueno, el bendito, que no debo ser tan blasfema y tan descreída ¿A quién se le podía ocurrir ir a una casa a semejante hora un festivo? Más valía que tuviera una buena excusa. Recibo pocas visitas, y, desde luego, no a esas horas. Pensé en los malditos testigos de Jehová. Ya sé que no hay por qué insultar, pero, ya te lo he dicho, me jode que me despierten y me da igual de que religión sean testigos. Me dolía la cabeza; la noche anterior, la de mi cumpleaños, ¿recuerdas?, la del maldito Jueves Santo laborable, y ahora no voy a quitarle el apellido, porque un Jueves Santo laborable es una putada. Pues esa noche había salido a tomar una copa con una amiga. Lo cierto es que en lugar de una me tomé varias, no sé cuantas, pero no creía que tantas; la resaca se correspondía a un cargamento de güisqui. El timbre sonó otra vez.

— ¡Va! ¡Va! — grité, antes de que quemasen el aparato.

Busqué las llaves y abrí sin mirar por la mirilla. Siempre me lo reprocho, pero nunca me acuerdo, y un día me voy a llevar un susto.

— Buenos días — me saludaron dos tipos plantados ante la puerta.

No los conocía de nada y no me dieron buena espina.

— ¿Quiénes son y qué quieren a estas horas?

— Somos de la policía — dijo uno de ellos.

Me mostró la placa. Para mí podía ser cualquier cosa: atrezo de un disfraz del último carnaval, un juguete para niños, hasta una chapa de cerveza.

— ¿Es usted Marta Fraile?

— Sí. ¿Qué pasa? — dije al tiempo que se me vino a la cabeza la mochila.

— Tiene que acompañarnos a la comisaría, para hacerle unas preguntas y enseñarle unas fotos — dijo como si nada, como si sacar a alguien de la cama un día de fiesta y arrastrarlo a la comisaría fuera la cosa más lógica del mundo.

— ¿Tan urgente es que no pueden esperar a mañana? — dije, porque ya me estaba

jodiendo en exceso la visita.

Él continuó impertérrito.

—Hay dos muertos relacionados con la mochila que usted entregó —dijo—. La mujer era la dueña.

Deduje que si la mujer era la dueña es que el otro fiambre era un hombre. El poli siguió a lo suyo.

—Creo que entenderá que es un asunto bastante urgente.

¡Qué coño!, pensé, si estaban muertos, ¿qué urgencia había? En lugar de decírselo, pregunté:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El tipo sonrió.

—Dos cosas —dijo—. Que usted es la última persona que ha tenido la mochila, aparte de nosotros, que no contamos, y que usted está, o mejor dicho estaba, puesto que es un cadáver, vinculada con el hombre muerto. Si sigue siendo un hombre, porque no sé si muerto se pierde la condición de hombre.

Ahora rió, la cosa debía de parecerle muy graciosa. Luego, siguió:

—Dejaré esta interesante disquisición y hablaré en plata: el hombre y usted se conocían, y puede que algo más.

Te juro que casi vomito. Era un pedante y su insinuación se merecía un puñetazo. No hice nada. En lugar de eso, creyendo que desmontaba sus estúpidos argumentos, pregunte:

—¿Por qué les iba entregar la mochila si tengo algo que ver en esas muertes?

El tipo me miró sin decir nada durante un segundo, mientras la sonrisa se le iba borrando poco a poco de la cara.

—Tal vez para que pensemos eso que usted dice. Tarde o temprano descubriríamos su relación con el muerto y necesitaría una coartada. Pero dejemos la charla. Será mejor que se vista y nos acompañe. Si, como dice, no tiene nada que ver con todo esto, tampoco tiene de que preocuparse.

Será hijo puta, pensé. Cada vez estaba más claro que no iba a librarme de acompañarlos. Hice un último y lastimero intento.

—¿Y no podían traer aquí las fotos y todo lo que hubieran querido?

—No, es necesario que firme la declaración en comisaría.

Se acabó, me dije. Desde el saludo, el otro tipo no había vuelto a hablar. Parapetado tras el otro, se pasó el tiempo mirándome a través de las gafas oscuras que me

impedían ver sus ojos y que le daban aire de matón. Tenía bigote, vestía una camisa de manga corta y unos vaqueros; era alto y delgado, salvo por el vientre abultado, de bebedor de cerveza compulsivo. El otro, el que llevó la voz cantante, vestía un traje gris de lino con una camiseta debajo. Era más bajo, moreno, de pelo blanco pegado a la cabeza con brillantina. No me gustan los tipos con brillantina, así que tú ya sabes. Aquel tipo tenía unos cincuenta años y era un borde pedante, ya te lo he dicho. Les hice pasar hasta el salón. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me fui al dormitorio y les dejé solos; era la policía. Me vestí a toda prisa, con la misma ropa que me había quitado la noche anterior, con ganas de terminar de una vez con todo aquello. Estaba nerviosa, en realidad no era para menos. Fui al cuarto de baño y me lavé la cara para terminar de despertarme. Luego me lavé los dientes, tenía un sabor de boca horrible. Seguía molesta. No sé tú, pero yo, si empiezo mal el día, ya no hay arreglo, no hay forma de que me vuelva el humor. Pensaba dedicarme el día a mí misma, aprovechar que era uno de los pocos en que no tengo a mi hijo, y aquellos tipos me estaban sumergiendo en una pesadilla. Todo por ir de buena samaritana y devolver un bolso lleno de dinero. Cuando volví al salón, pensaba que lo mejor era mantener la sangre fría, que aquello no podía ser más que un error. Los pensamientos son tercos, importunos, renuentes; lo único de lo que no tenemos manera de librarnos. Puede que por eso siguiera reprochándome una y otra vez haber sido tan idiota.

–Voy a preparar café, aún no he desayunado. ¿Quieren uno?

–No, gracias.

No tardé mucho. Había café en la cafetera, lo calenté en el microondas después de añadirle la leche, mojé unas galletas y en menos de cinco minutos regresé al salón.

–Cuando quieran –dije.

Me escoltaron por mi propio pasillo. Bajamos por las escaleras. La temperatura era agradable, aún era muy temprano. Estaba despejado y el sol picaba; haría calor. No había casi nadie en la calle. Muchos debían de pensar, como yo, que no eran horas. Los pocos transeúntes parecían dirigirse a disfrutar de su ocio. Cuando es festivo, mi barrio se aletarga, como si el cemento también necesitara recuperarse del ajetreo, del desgaste de todas las pisadas que lo recorren durante los días laborables. El coche al que me subieron estaba aparcado junto al portal. No tenía nada que lo identificara como de la policía. Igual que no había peatones, no había tráfico. En aquel puñetero coche, reprodujimos el mismo recorrido que yo había hecho la mañana anterior. Un velero de cuatro mástiles enfilaba su proa hacia la ciudad, estaba a punto de cruzar entre los dos

faros de la bocana. Me gustan los barcos, me apasiona el viaje, la huida. En aquel momento hubiera huido sin dudar. Metieron el coche en el garaje. Bajamos, primero el alto que iba al volante, luego el otro, que fue quien me abrió la puerta trasera. Me condujeron entre coches y columnas hasta un ascensor. Permanecimos en silencio durante los segundos que el ascensor tardó en ascender. Estaba tensa, a punto de estallar. Aún oigo el ligero silbido que se produjo al ponernos en movimiento. Salimos a un pasillo largo. A unas decenas de metros, entramos en una habitación. En el centro había una mesa y varias sillas. Me pidieron que me sentara y ellos lo hicieron al otro lado de la mesa.

— ¿Dónde estaba usted la noche del pasado miércoles?

El más bajo comenzó con las preguntas, sin más preámbulos y con el tono de voz que yo ya conocía de mi casa: neutro y sin inflexiones. El alto de barriga prominente se preparó para tomar notas. Le dije que primero en el trabajo y luego en mi casa. Recordaba perfectamente que había estado trabajando en un informe con varios presupuestos para una promoción inmobiliaria del sur.

— ¿A qué hora llegó a su casa? — dijo.

— A las ocho, más o menos.

Siempre vuelvo a la misma hora. Las preguntas eran tan tontas que me preocupaba más saber cómo terminaría el juego que contestarlas. Aquel asunto me tenía hasta más arriba de la coronilla, o hasta más abajo del ombligo; como prefieras. Entonces entraste tú, o eso supongo, porque antes no me di cuenta. Eras otro policía mal educado que se quedó allí, de pie, sin dar los buenos días siquiera. Observabas sin intervenir, con una postura que más que discreción era prepotencia. O al menos eso me pareció a mí, que eso lo sabrás tú mejor que nadie, o no, es igual; tú te has empeñado en que te cuente esto. Imagino que lo único que buscas es hacerme recordar, alguna mierda de estudio psicológico sobre puntos de vista.

— ¿Salió en algún momento?

— No, no lo hice. ¿Es un delito?

Empezaba a fastidiarme el juegucito de las preguntas.

— ¿Y hay alguien que pueda ratificar lo que dice?

— No, vivo con mi hijo y está fuera. Estaba sola. ¿Es un problema?

Yo Intentaba mantener el tipo, pero suponía que la respuesta a mi pregunta es que terminaría siéndolo. El poli me miró unos instantes en silencio, con descaro, para incordiar.

—No, sólo un inconveniente... para usted, claro — dijo.

El barrigudo sacó unas fotos del cajón de la mesa y me las colocó delante.

—¿Conoce a este hombre? — dijo el otro, el que llevaba el interrogatorio.

En las fotos aparecía la cara de alguien que me era vagamente familiar, pero, con los nervios, no tenía ni idea de quién era, de si lo conocía. No estaba segura. Trato con mucha gente y no soy muy buena para las caras. De todas formas, cogí las fotografías y las estudié atentamente, para reforzar mis palabras. Aparenté un esfuerzo tremendo por recordar, pero estaba segura de que no lograría averiguar si conocía al tipo de la foto.

—No, creo que no lo he visto en mi vida — dije sin estar segura.

—Usted le mató.

La voz del poli tenía el mismo tono, sin ninguna inflexión. Un tono que era igual de anodino desde el principio. Era como si lo que decía fuera una obviedad de la que resultaba cansado hablar.

—Le asesinó a él y a la mujer de la mochila, el bolso que luego trajo a comisaría — dijo.

—¿Qué mujer? ¿De qué me habla?

—No se haga la inocente, usted los asesinó y huyó con el dinero. Un buen golpe. Lástima que hubiera testigos.

Por primera vez, se volvió agresivo. Por fin se habían terminado las preguntas tontas. No me gustaba, pero al menos ya nadie fingía.

—No sabe lo que dice. Les robo y luego devuelvo el dinero. Eso no se me ocurre ni a mí, que está claro que soy imbécil, si no, no hubiera devuelto ese dinero y seguro que no estaba aquí sentada.

Estabais todos locos, como cabras, o peor, erais mucho más peligrosos que un pobre animal. ¿Qué pintaba yo en aquella majadería que me iba a trastornar a mí más de lo que ya estabais vosotros? Pero allí, lo que yo pensara era igual.

—Puede que sea usted la que no comprende dónde se está metiendo. ¿Acaso no sabía que su amigo era un traficante?

Ahora su mirada era casi dulce y su tono, conciliador.

—Seguro que sí — dijo —, por eso ha devuelto el dinero, le dio miedo; después de todo usted quería vengarse de ese cabrón porque la engañaba, porque la había dejado tirada y se había ido con otra. ¿Desde cuándo se acostaba con él?

Me puse frenética y grité:

—¡Ya le he dicho que no lo conozco!

Eché todo el cuerpo encima de la mesa, sin importarme que pudiera estar equivocada. Alguna vez me tendrás que contar tú qué te pareció aquello, porque seguías allí, callado, como un mueble. Y los otros a lo suyo: uno me miraba tranquilo, como si se tuviera el discurso aprendido y lo que yo dijera o hiciese diera igual; el otro garabateando en el papel. Que tampoco sé por qué lo hacía, porque seguro que estabais grabándolo todo.

—No lo niegue —insistió—, no será la primera ni la última mujer que comete un homicidio por despecho, por celos. ¿Qué le había prometido? ¿Casarse con usted?

Bajó aún más el tono, aún más condescendiente, aún más perdonavidas.

—Es inútil que siga negando que lo conoce, hay pruebas. ¿O me va negar que hace un año le vendió un piso? —dijo.

Entonces caí en la cuenta; era eso, por eso me sonaba su cara. Fue una venta rápida, sin discusiones y, a diferencia de otras, sin innumerables visitas antes de comprar. A lo sumo nos vimos dos o tres veces. Llevaba barba, quizá el motivo de que no le hubiera reconocido. De todas formas, daba igual.

—Bien —dije—, lo conocía, conozco a mucha gente y no me acuerdo de todos, y no sabía que era un maldito traficante, y no me he acostado con él, y no me importa una mierda con que mujer estuviera liado; y nada de todo eso explica que yo devolviera el dinero. ¿Está suficientemente claro?

El tipo me miró, echó un poco la silla hacia atrás y, como si no me hubiera oído, dijo:

—¿Qué otra cosa le robó a los muertos?

Aquello no iba a acabarse nunca. Me resigné.

—Nada.

—Como quiera. Sólo le advierto que es muy posible que haya más gente buscando lo mismo, todos no serán igual de amables.

Tenía que poner punto y final a aquella parodia de telefilme americano de segunda, a aquella gran majadería.

—¿Estoy detenida?

Me levanté. No me pareció que mi gesto le impresionara.

—De momento no —dijo—, pero será mejor que se siente: aún no hemos terminado.

Me senté. Entonces el de las notas empujó hacia mí otra fotografía y el otro habló otra vez:

—Imagino que tampoco la conocerá a ella, ¿me equivoco?

Esta vez la foto era de una mujer desnuda y, por su aspecto, muerta. Meforcé a mirarla, a observar la boca que alguien había abierta entre sus pechos, a poner algo de vida en aquella cara descarnada.

—No —dije—, no la conozco, tiene usted toda la razón.

Ahora estaba completamente segura de lo que decía; no la había visto nunca.

—¿Alguna foto desagradable más que sea necesario que vea?

Estaba harta, cabreada. Era como si me diera todo igual.

—No —dijo.

Me levanté otra vez, despacio, y masticando cada palabra, dije:

—Entonces será mejor que terminemos con esto. Ya les he dicho todo lo que sé, que es nada.

Di un golpe en la mesa que me sorprendió a mí misma. Ya estaba bien. ¿Cómo tuviste estómago para seguir allí, sin hablar? ¿Cómo, sabiendo lo que sabías? El poli dejó caer de nuevo la silla hacia delante, luego puso las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó al tiempo que escupía las palabras despacio, para que no quedara duda de la advertencia que contenían.

—Como quiera, si lo prefiere, lo haremos difícil.

Aún seguía apoyado en la mesa, me miraba y me pareció que iba a seguir hablando, pero algo no le dejó terminar, o puede que se le hubieran agotado los argumentos peregrinos. En ese momento te marchaste y él volvió la cara hacia la puerta. Luego me miró otra vez.

—Siéntese —dijo.

No esperó a comprobar si obedecía y salió de la sala. No me senté, me quedé mirando al frente. Tenía la respiración agitada, las manos sudorosas y me latían las sienes. Intenté tranquilizarme, no era una tarea fácil. Tenía pensamientos entrecruzados, imágenes absurdas de cadáveres, del tipo de la foto acompañándome por infinitos pisos, de bolsos tirados en el suelo, y de fajos de billetes. Sólo pasaron unos instantes antes de que entráseis de nuevo, los dos juntos. Tú te quedaste en tu sitio de antes y el interrogador se acercó al otro tipo que seguía allí sentado. No oí lo que se cuchichearon en voz baja. Seguro que tú si lo sabes. Ya lo imagino: no es el momento o no te apetece contármelo. Sólo sé que ahora fue el otro el que se levantó y se marchó de la habitación, mientras mi interrogador se sentaba de nuevo.

—¿Quiere un café para la espera? —dijo.

Sonó tierno, como si quisiera recuperar una camaradería inexistente. Para acentuar el

gesto, sonrió. Una sonrisa distinta, libre de cinismo, un gesto que no había hecho durante toda la mañana.

—No, lo que quiero es que terminen pronto — dije.

Estaba seria, irritada. Entonces tú decidiste hablar. Si te digo la verdad, no me pareciste mejor que los otros, más engreído si cabe, con más seguridad. Dejaste claro que tú dabas las órdenes. En fin, para qué te voy a engañar, me pareciste otro gilipollas más.

—No se enfade y siéntese — dijiste —, estará más cómoda. Nosotros sólo cumplimos con nuestra obligación.

Al oírte, parecía que todo aquello en verdad era duro para vosotros: un atajo de trogloditas que ibais por ahí fastidiando a los inocentes y liberando chorizos, maltratadores, traficantes y toda clase de salvajes que campan por sus respetos: zurrando a las mujeres, violando, robando coches, pegando tirones de los bolsos, entrando en las casas o vendiéndole droga a nuestros hijos. Me importa una higa que todo esto no sea correcto, o cierto, o conveniente; lo pensaba entonces y lo sigo pensando, ¡qué leche!

—Que consiste en joder al prójimo. ¿No es eso?

Hablé sin pensar y ni siquiera me pareció ocurrente.

—No, consiste en capturar asesinos y traficantes — dijiste ofendido.

No pongas cara de inocente; te acuerdas, estoy segura. Fue una frase estúpida, por eso intentas disimular, pero asúmela. Yo te contesté que vaya forma teníais de hacer vuestro trabajo de mierda si eso era lo que pensabais de mí. Y se te quedó cara de gilipollas.

El sol me encendía la espalda. Me incorporé y me dejé caer boca arriba, la luz violenta me dio en los ojos, me obligó a cerrarlos; no tardé en sentirme asada otra vez. Me senté. Me deshidratava por todos los poros. Darse un baño parecía una buena idea. Me levanté y corrí hasta el agua a grandes zancadas para no quemarme los pies con la arena, que es negra y quema como un demonio. Hacía un día fantástico, nada impedía achicharrarse hasta las entrañas, sólo unos cuantos cirros navegaban veloces por encima de las montañas hasta perderse en el océano. Tomo el sol cada vez que puedo, así que estaba bronceada. El mar permanecía en calma y las olas se deslizaban cansinas por la orilla. Un día de verano, a pesar de que acabáramos de entrar en la primavera. Un día perfecto para no hacer nada. Cuando entré en el agua, me dio un escalofrío: estaba helada, como siempre, pero parece peor si no es verano. No me acostumbro. Ahora estaba contenta,

llevaba un buen rato en la playa, esperaba olvidarme de vosotros y no me había tropezado con ningún pelma. En realidad, teniendo en cuenta la mala leche con la que llegué a la playa, ningún pelma era igual que decir que no me había encontrado con nadie. Tenía que desprenderme de la depresión que me habíais regalado, tú y tus compañeros; o tus compañeros y tú, si lo prefieres. Quería olvidar la declaración que aquel tipo me trajo para que firmase, mientras tú mirabas, y la amenaza que escondía vuestra recomendación de que no abandonara la isla sin comunicároslo. Nadé un rato y regresé a la toalla sacudiendo la cabeza, como los perros. ¿Conoces la playa de las Gaviotas? Me entretuve mirando cuerpos desnudos. Sí, también a las tías. No es mal entretenimiento: envidias la suerte de algunas y criticas a otras, que gratifica más. Un pasatiempo inocente porque, ya sabes, el cuerpo es fachada, lo peor que tenéis los hombres es que luego hay que cargar con vosotros. Ya, con las mujeres pasa igual. Lo sé, pura pose, yo me enamoro como cualquiera, soy romántica como la que más, y siento lástima de quien no se arriesga en la vida por el amor verdadero; por ese que dura un par de años, con suerte. Vale, yo también conozco a dos o tres parejas que se quieren después de más de veinte años, que disfrutaban de la vida juntos. Mira si estoy segura de que el amor para siempre existe que conozco a unos que se lo pasan bien en la cama después de treinta años de convivencia; pero esa gente la pone Dios ahí para que los demás nos jodamos, ¿o todavía no te has dado cuenta? Me tumbé boca arriba, con los ojos cerrados. De entrada no me di cuenta de que se acercó un hombre. Cuando abrí los ojos, me lo encontré sentado a mi lado. Era muy joven, llevaba una toalla y un libro en la mano, las gafas de sol como una diadema. Me miraba sin perder detalle, un examen al que me supuse sometida desde hacía rato. Parecía que mis tetas era lo que prefería; se las comía con los ojos. Le miré con el mismo descaro, pensé que le espantaría, pero no, siguió, saboreándome, a punto de babear de un momento a otro. El tío no estaba nada mal.

—Hola, ¿nos conocemos? —dije.

No se inmutó.

—No, no creo, llevo poco tiempo en la isla.

O era tonto, o demasiado listo; no había rastro de ironía en sus palabras.

—¿Qué coño quieres?

Yo no estaba para sutilezas.

—Nada, sólo te miraba, espero que no te haya molestado. —Sonrió—. Me llamo Estéfano.

¿Cómo contestar a eso con una grosería? Me desarmó, para qué negarlo.

—Marta —dije.

Tras las cortesías, permanecimos en silencio. Ahora nos observábamos los dos. A mí me violentaba el silencio, pero él seguía como si nada, tan impasible como al principio. Me rendí.

—¿Siempre miras así a las mujeres?

—No sé, no me he parado a pensarlo, imagino que sólo si me gustan.

Admito que su desvergüenza cada vez me resultaba más simpática. Quizá lo notara.

—Ya me iba, pero te he visto y no he podido evitarlo; me gustan las cosas bellas.

Lo dijo como el que da las buenas tardes. Se estaba quedando conmigo, riéndose en mi cara. Me tomaba el pelo de la forma más natural del mundo, tanto, que cualquiera diría que hablaba en serio. Mientras yo le daba vueltas a lo que pasaba, a sus ocurrencias, él se quitó la camisa, el pantalón corto, extendió su toalla y se sentó. Me levanté y noté sus ojos sobre mis pechos. Caminé hasta la orilla, necesitaba una inmersión en agua fría. Él me siguió. Me planté frente a él: desnudo, sudoroso, los músculos como un manual de anatomía. Me gustó. Ríete cuanto quieras, ya sé que sólo los hombres os creéis con derecho a contemplarnos como mercancía. Sois ingenuos. Estéfano era moreno, más bien bronceado. El pelo rubio y ensortijado, con unos mechones que le caían sobre la frente. En el resto del cuerpo tenía un suave vello amarillo, apenas perceptible, salvo unos rizos en el pubis. ¿Te hace gracia? La nariz era clásica, mediterránea, y los ojos de un azul intenso. Alto, corpulento, pero de movimientos armoniosos. Y un culo perfecto. Me gustan los hombres con buen culo. ¿Te preocupa el tuyo? Todo en él tenía las proporciones justas, hasta los genitales: eso que en la mayoría son unos colgajos antiestéticos, en él atesoraban la perfección. Su cuerpo era un canon, eso es. ¡Te estás sonrojando! Resultará que eres tímido. Qué quieres que te diga, aquel guayabo me pareció una estatua griega.

—Vamos al agua, está muy buena —dijo.

Sus palabras rompieron el hechizo.

—¿Tienes coche?

—¿Es que tú no lo tienes?

—No, así que me puedo ir contigo.

Ya ves, se invitó solo. Tenía cara, pero era sincero; una novedad agradable. Podía ser divertido, distinto a la inmundicia que me rodeaba desde hacía tiempo. Mientras yo divagaba, Estéfano me cogió en brazos y se adentró en el agua. Me quedé sorprendida,

tanto que ni protesté; o quizá no protesté porque lo deseaba, eso o cualquier cosa que quisiera hacerme. Me sujetaba con fuerza, para que no cayera, pero a la vez había ternura en su abrazo. Una ola chocó contra nosotros, nos mojó por completo. Luego abrió sus brazos y me quedé flotando, colgada de su cuello: un náufrago abrazado a un salvavidas y con el mismo miedo a soltarlo por si se lo lleva la corriente. Me besó en la boca. Me deshice, me licué. Dejé pasar su lengua, la cobijé dentro y se me llenó la boca de sensaciones, nuevas u olvidadas. Estéfano se liberó de mi abrazo y nadó, se alejó de mí y de la playa. Le seguí. Me había enredado en su juego, un juego agradable, ya estaba bien de cosas enojosas, aunque sólo fuera por un rato. Al pensar en asuntos desagradables, volviste tú. Me habías dicho que me dejaríais tranquila, me lo dijiste cuando me acompañaste a la puerta, firmada la declaración y finalizado nuestro diálogo; más un duelo de pistoleros en el viejo oeste que una amistosa despedida. No sé si tu galante gesto de acompañarme fue por educación o por convencerte de que me perdía de tu vista, quizá es exigencia del reglamento. Miré a Estéfano y me arrepentí otra vez de haber devuelto la mochila, un dinero que me habría pagado un viaje a Malibú con él. La diferencia de edad era tan evidente que a nadie le hubiera pasado desapercibida, al contrario, daría que hablar. ¡Yo con un gigoló! Me pareció genial. Nadamos. El agua se abría a nuestro paso, una estela de espuma que parecía perseguirnos. Danzábamos con el mar en un repetido tobogán sobre la superficie transparente. Salimos del agua y caminamos hacia las toallas, trémulos de frío. Era el momento de irse de allí y averiguar hasta dónde estábamos dispuestos a llegar. Desconocía sus intenciones, pero tampoco conocía las mías.

–Vamos, te llevaré –dije.

–¿Qué te parece si también te estiras y me invitas a comer?

Se rió, una risa franca y hermosa, que daba a entender que estaba de broma, o tal vez encubría lo que estaba proponiéndome en realidad.

–Pides demasiado, no llevo dinero –mentí.

–No pensaba en un restaurante.

–Vas deprisa.

Recogimos las toallas. Estéfano se colocó de nuevo su pantalón y la camisa, y yo el tanga, la falda y la camiseta de tirantes. Caminamos hacia la salida de la playa. Una vez en la explanada del aparcamiento, cogimos mi *Austin Metro* y arrancamos camino de la ciudad. La carretera estaba atascada, con coches aparcados a ambos lados que apenas dejaban sitio para circular en un sentido. Cuando después de un par de kilómetros

desembocamos en la carretera de Igueste, conduje disfrutando de las vistas: la montaña, el mar y, en el horizonte, Gran Canaria emergiendo entre las nubes. Antes de que la carretera iniciara el descenso, cerca del mirador de los Órganos, le eché un vistazo a la playa de las Teresitas desde lo alto. El agua parecía aceite; un lago protegido por el rompeolas artificial del verdadero mar, una lengua de arena dorada poblada de sombrillas y gente bajo las palmeras. Yo prefiero el océano salvaje. Todo me gusta más cuanto menos lo hemos adulterado los humanos. San Andrés se derramaba por la ladera de la montaña y se extendía hasta el cauce del barranco. El pueblo podría ser precioso, sin embargo, ya ves: cajas de zapatos, bloques sin enfoscar y sin pintar. Qué te voy a decir. Una pena que ya no arregla nadie. Comencé a tener dudas. ¿Qué hacía yo al lado de aquel crío? Yo tenía un hijo y a Estéfano le echaba unos veinte años. Tampoco pensaba casarme con él. Y él, aunque joven, era tan mayorcito como para saber lo que quería.

—¡A la mierda con todo!

Sin intención, puse voz a mi pensamiento y elevé el tono. Por una vez, le pillé por sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dije—. Hay otro problema, no tengo nada de comer. No esperaba visita y mi nevera parece un iglú vacío.

Mi respuesta se lo puso fácil y él no tuvo más que aprovechar.

—Es igual, la comida sólo es una excusa.

No pude menos que reír.

—¿Siempre vas al grano? —dije.

—No veo razón para ser de otra forma.

Está vez me pareció que hablaba en serio.

—¿No te espera nadie?

Mis temores hicieron la pregunta.

—No, no creo que mamá esté en casa.

No supe qué pensar y preferí el silencio por miedo a descubrir que estaba siendo víctima de una broma.

—¿Y a ti?

Por lo visto yo no era la única que tenía dudas. Era mejor que él no las tuviera; en aquel momento, no se me ocurría nada mejor que estar con Estéfano. Pensé que saber algo más de él, antes de meterlo en casa, no era mala idea.

— ¿Eres de aquí? — dije.

— ¿Por qué lo preguntas?

— No sé, no tienes acento canario.

Era cierto.

— Nací aquí, pero he dado algunas vueltas.

— Pareces joven para tanto.

Le miré de reojo, sin apartar la atención de la carretera. Se lo pensó antes de contestar.

— Tengo veintitrés años, si es lo que quieres saber. Imagino que alguno más de los que has supuesto; me pasa siempre. No sé si son muchos, pero dan para haber vivido en bastantes sitios.

Preferí no hacer comentarios y cambié el rumbo.

— ¿Vives en Santa Cruz?

— Sí, al menos hasta septiembre u octubre, entonces regresaré a Harvard — dijo.

La pronunciación inglesa fue perfecta.

— ¡Vaya, un niño de papá!

— De mamá — corrigió—. Papá era un vividor italiano, y me figuro que lo seguirá siendo, hace años que no le veo. No creo que eso importe. ¿Tú a qué te dedicas?

Con nuestras preguntas, los dos tanteábamos el terreno.

— Nada tan interesante como lo tuyo, trabajo en una oficina de asesoramiento e inversiones. Vendo pisos y pólizas de seguro. Fuera de horario y sin sueldo, cuido de mi hijo.

Al nombrar a Miguel, miré a Estéfano de nuevo, esta vez no percibí ninguna reacción. Por si acaso, quise dejar las cosas claras.

— Está con su abuela. Me gustaría que algún día fuera un niño de mamá.

Guardamos unos instantes de silencio. Según los segundos pasaban, crecía en mí el temor de que mi sarcasmo le hubiera ofendido. Me pareció que lo mejor era hablar, cambiar de tema, preguntar otra cosa.

— Estamos en abril, ¿no es un poco pronto para las vacaciones? — dije por decir.

— En el extranjero es otro rollo. Llevaba años a tope. Me he cogido unos meses. Ser niño de mamá es un oficio muy duro.

— ¡No me digas!

*Continúa...*

**Segunda Parte**

César Fernández

## I

(Tarde del miércoles)

¿Que cómo ocurrió? Imagino que como todo, porque sí, sin motivo aparente; con la mala leche que se gasta la vida: un día estás dormido y suena un teléfono, un timbre estridente que me sacó de la bendita siesta con la que pretendía recuperarme de una noche con demasiado alcohol y poco sueño. Una noche como otras muchas de las que, sin embargo, cada vez me cuesta más recuperarme. Puede que porque los años no perdonan, quizá porque cada día me aburren más las fiestas y aburrido bebo más. No sé, ya no importa, imagino que ahora las echaré de menos, ¿no cree usted? El caso es que el timbre me despertó.

— ¡Diga!

Imaginaba, más bien temía, que la llamada fuera de alguien de comisaría, uno que tendría que tragarse mis improperios.

— ¿Fernández?

— ¿Quién coño voy a ser, estás llamando a mi teléfono? Eres un imbécil, Manolo.

La voz, que reconocí al instante, era de aquel huelebraguetas. Resultaba útil en ciertas circunstancias, las veces que le contrataba para encubrir investigaciones. Le despreciaba. No me mire de esa forma; no hay porque apreciar a aquellos con los que trabajamos o aquellos de los que nos servimos. ¿Usted me ha apreciado alguna vez? Pues ya está.

— ¡Joder! Con esa voz de sueño no te había reconocido. ¿No estarás en la cama después de las tres de la tarde? — dijo.

— Eres mucho más gilipollas de lo que yo mismo pienso, y eso es mucho, te lo garantizo. ¿Dónde coño iba a estar si tengo esta voz de sueño? En la cama, durmiendo, intentando descansar hasta que un mamarracho como tú me ha despertado. Espero que no me llames para darme un rato de conversación estúpida.

— Tengo lo que me pediste.

— ¿Y qué te pedí?

No recordaba haberle encargado nada.

— ¡Joder! ¿Qué te metiste anoche? He averiguado quien es la mujer que va con el tipo ése... con Sabrio, eso, con Manuel José Sabrio. ¡Joder! Tiene nombre de personaje de culebrón venezolano.

— Ahora entiendo por qué no me acordaba, hace casi dos meses que te encargué el asunto. Creí que habías tirado la toalla.

– Casi, pero la casualidad a veces ayuda. Estuve tras ella mucho tiempo sin sacar una mierda. ¡Joder! Parecía un fantasma. Registré su apartamento, pero no encontré nada, ni un indicio de dónde trabajaba, de dónde venía, ni nada de nada. Llegué a creer que la documentación que usaba era real y que tú te habías equivocado, que era quién decía que era, y que si no habíamos encontrado nada raro de ella era por eso, porque no había nada que encontrar, que su único error era andar con el José Alfredo o Manuel José o cómo se llame. Así que lo dejé. No me puedo permitir perder el tiempo; tú pagas bien, pero sólo si hay resultados. Ese es el trato y no me quejo, porque casi siempre aciertas. ¡Joder! Que no me haces perder el tiempo y...

– ¿Me lo vas a contar de una puta vez?

– Estaba comiendo hoy en *Los Corales*, en Santa Úrsula, con una amiga catalana, una hembra monumental, que regenta una casa de chicas en Barcelona, que, ¡joder!, no te puedes ni imaginar el dinero que da ese negocio, tanto que igual le propongo que amplíe y montemos entre los dos uno aquí.

– ¿No me has dicho que no puedes perder el tiempo?

– Sí, ¿por qué?

– ¿Por qué?... Acaba ya o cuelgo.

– Pues que llegó ella con otro tipo. No el Sabrio ese, sino otro al que yo no había visto nunca. Resulta que mi amiga la conoce, no sabe su nombre, pero sí a qué se dedica. Ni te lo imaginas.

– No, desde luego, si lo imaginara no necesitaría que me lo dijese un imbécil como tú.

– No seas borde. Mi amiga está segura. ¡Joder! La tía es policía. En Barcelona se hizo pasar por puta hasta que desarticuló una red de tráfico de mujeres. La muy zorra ejerció en casa de mi amiga. No nos han visto, y allí los dejamos, comiendo como dos tortolitos.

Si aquel capullo estaba en lo cierto, alguien investigaba a mis espaldas a Pedralves. Mal asunto. Hacía semanas que estaba convencido de que aquella tía escondía algo, pero en realidad pensaba que era Pedralves quien se la había endosado a Sabrio. Usted ya sabe, pero policía, una compañera, eso era demasiado.

– Me fastidia admitirlo, pero, aunque por chiripa, has hecho un buen trabajo, la información se merece el dinero que te prometí. Cuando me digas, te lo dejo donde siempre.

Sabía que me pediría que lo hiciera aquella misma tarde. Eso me obligaría a hacer una visita a la puta que usaba de intermediaria, sentarme en la cama de aquella gorda de

carnes blancas que ofrecía sus encantos en una esquina de la calle Miraflores, aguantar sus insinuaciones, puede que hasta verla desnuda.

— ¡Joder! El dinero nunca viene mal, si puedes ir esta tarde, yo me pasaré a la noche a recogerlo.

— De acuerdo. ¿Por qué no cambias de socia?

— ¿Qué socia?

— Socia, amiga, puta de confianza, lo que sea. La tía a la que le doy el dinero para que te lo dé a ti.

— ¡Joder! ¿Y por qué iba a hacer eso?

— Me da mala fama.

— No me jodas, tu fama ya es horrible, no puede empeorar.

Colgué. No era esa la forma que yo hubiera elegido para pasar mi cincuenta cumpleaños. Cincuenta años, una mala década, tras ella las cosas sólo pueden empeorar. Cada error es definitivo, sin tiempo para rectificar. Los años que acaban en cero son un momento de análisis, los vivimos como una ruptura, a partir de ese día todo cambia. Pasas de un año a otro y ya nada será igual. Algo tonto. ¿Por qué va a ser diferente el cincuenta del cuarenta y nueve o del cincuenta y uno? No lo es, no es diferente, pero eso no hace que dejemos de pensar que sí lo es. Yo me dejé llevar del tedio, de la zozobra de ver que la mitad de mi vida quedaba atrás, había quedado atrás año a año durante una decena de ellos, ya no podía negar la decadencia. No me asusta la soledad, siempre he vivido solo y nunca me ha faltado quien me caliente la cama; pero el futuro es otra cosa y eso sí me preocupaba; el mismo futuro que me había asegurado poco a poco, billete a billete; porque el dinero es lo único que da seguridad. Soy un hombre sin escrúpulos, y no me duele reconocerlo. No creo que usted se rasgue las vestiduras por oír esto. En mi juventud me gané la vida moliendo a golpes a los que ahora mandan, y sé que ellos no son mejores que yo. Sin embargo, ahí les tiene, dando lecciones de honradez, vocación de servicio y otras mierdas igual de falsas. Hasta que alguien llegue, tire de la alfombra y deje la basura al aire. Soy un lobo solitario, no me ha ido mal así. No me fue mal hasta que me tropecé con usted aquella tarde; un soñador, un ingenuo. No hay nada tan peligroso. Lo cierto es que para entonces llevaba tiempo preocupado, inquieto porque a alguien acabaría sorprendido de que los decomisos de droga nunca salpicaran a mi buen amigo Pedralves. Por eso había urdido un golpe definitivo, un golpe que me iba a proporcionar mucho dinero, suficiente para abandonar, para dejar de jugármela, para buscar el dinero en negocios más cómodos y legales. Me tentaba la seguridad privada,

cada día hay más delincuencia y más miedo. Eso o añadir otras a las inversiones inmobiliarias que ya tenía en el sur de la isla, o cualquier otra cosa. Incluso no hacer nada, dedicarme a ser un rentista; todo podía ser. Era una traición, no se lo voy a negar, pero no se puede freír un huevo sin romper la cáscara. Me levanté de la cama. En mi habitación disfrutaba de vistas sobre la ciudad y el mar, ahora las disfrutarán otros. Fui al cuarto de baño. La imagen que me devolvió el espejo era la de un hombre ojeroso y falto de sueño, con el pelo blanco, pero aún podía aguantarle la mirada al reflejo sin sentir la necesidad de claudicar y mirar a otro sitio. Me cuido: comida sana siempre que puedo, gimnasio, correr. Ahora me sobrará tiempo para estas actividades. Usted sabe cómo soy, y lo que no se ve estoy seguro que lo habrá leído en los informes. Así que para qué hablar de mi paso por la Brigada Político Social, donde, por cierto, conocí a su jefe, a Alcatraz, que se lo supo hacer mejor que otros. Me di una ducha, me preparé una buena comida. Nunca me ha importado cocinar sólo para mí, lo que soy incapaz es de comer cualquier bazofia precocinada o comer en un restaurante de mierda. Después de comer, me senté en el salón a contemplar el mar. Me gusta la ciudad, y me gusta el mar, por eso elegí ese chalé para vivir, aunque no fue barato y resultaba grande para mí. El mobiliario, las alfombras, los complementos, todo era de calidad: buen diseño moderno o antigüedades, como una butaca del siglo XVIII que conseguí hace años en una almoneda, un negocio que en realidad era la tapadera de un perista. Me salió barata, sólo tuve que librar de la cárcel al tipo. No me lo reproche, tampoco le sirvió de mucho: un par de meses más tarde un yonqui lo dejó seco de una cuchillada. Tampoco le voy a mentir ahora: no me remuerde la conciencia, ni de haberle librado primero, ni de que lo matasen después. Lo primero me lo pagaron bien, en cuanto a lo segundo, yo no soy el responsable. Me gusta el arte, piezas de anticuario, cerámicas, algún reloj. No le diré cómo las conseguí todas, para qué, con lo que le he contado ya se puede imaginar el resto. Bueno, alguna pieza también la pagué con dinero. Aunque la verdadera inversión estaba en la colección de pintura colgada en las paredes; en su mayoría, cuadros de autores jóvenes con proyección futura. Me precio de ser un buen conocedor, y además, he tenido buenos asesores. Allí, tranquilo, oyendo a la Callas como la Elvira de *I Puritani*, esperé a que llegara la hora de mi cita con Sabrio. Era una reunión fijada desde hacía varios días y que la llamada de Manolo había convertido en muy oportuna. Me preocupaba la presencia de la compañera hurgando en los asuntos de Pedralves, metida en la cama de Manuel José Sabrio, que, por cierto, siempre me pareció un gilipollas con un bonito nombre de culebrón, en eso estaba de acuerdo con mi amigo huelebraguetas.

Tener preocupaciones hace pensar, y yo pensaba en una solución rápida para todo el asunto. No quería que las cosas se precipitasen fuera de control. Si lo hacían, todos los años de duro trabajo se irían por la borda. En esta vida hay que tener capacidad de improvisación, rapidez de reflejos. Ése ha sido siempre mi caso. Si hay que actuar, actuó, si hay que decidir, decido; sin más. Presumía que el asunto me mancharía las manos de sangre, pero la sangre se lava y no deja huellas indelebles. Tampoco sería la primera vez. Atardeció. Me levanté del sillón, me bebí el ron añejo que quedaba en el vaso que me había servido, lo dejé en el fregadero y bajé al garaje. Mientras conducía hacia la parte baja de la ciudad, las sombras de los edificios se alargaban, en los cristales se encendían destellos. No había demasiado tráfico. Dejé el coche en el aparcamiento de la comisaría y, sin entrar en ella, me encaminé al lugar de mi cita. Al cabo de unos minutos me encontré sentado en un banco de la plaza de Santa Isabel, muy cerca de la fuente.

—¿Qué tal?

Un hombre se sentó a mi lado. Para quien nos viera, era algo casual, dos desconocidos que comparten banco. El hombre era Sabrio.

—Hola.

Miré a mi alrededor, no había nadie observándonos. De hecho, la plaza estaba vacía y no me pareció ver a nadie asomado en los edificios que la rodeaban.

—Tengo el resto de la droga y el dinero para pagar a los del laboratorio. Esta noche me darán unas dosis de muestra y me reuniré con los compradores —dijo Sabrio en un susurro.

—¿Cómo has podido ser tan imbécil como para liarte con una policía?

Mi tono era amistoso. Su cara cambió de color y noté un leve temblor en sus labios.

—No gastes bromas con eso.

—No seas imbécil. ¿Te crees que me he vuelto loco?

—Su puta madre; hablas en serio.

—Vaya, lo has comprendido.

—¿Cómo te has enterado?

Ahora parecía aterrado, y no era para menos.

—No importa el cómo. Deshazte de ella esta misma noche, o antes. Espero que aún no tengamos de qué arrepentirnos. Joder, Sabrio, hace falta ser gilipollas.

No dijo nada.

—A la una nos vemos bajo el puente, donde siempre. Lleva el dinero y la droga. Anula todo lo que tenías previsto, ahora es mejor que te olvides de la venta. No me fío. A

saber si esos italianos acaban siendo de la brigada de estupefacientes. Yo me encargaré de organizarlo todo más adelante. ¿Entendido?

Mi tono no admitía réplica.

– Entendido. A ninguno le va a hacer mucha gracia.

– Tú verás la excusa que les cuentas. Menos gracia les haría que apareciera la pasma.

– Pues tú eres de la pasma, no te jode.

– No me toques más los cojones. Encárgate de tus problemas. ¿De acuerdo? Pues hasta luego.

## II

(Noche del miércoles)

Eran las diez y media de la noche, hacia un par de horas que había llamado a Pedralves para decirle que sospechaba que esa noche íbamos a registrar uno de sus barcos, que pusiera a buen recaudo lo que pudiera tener. Imaginaba que para entonces ya habrían arreglado todo. La droga dormiría en cualquier otro barco, en alguno fondeado con toda tranquilidad frente a una de las playas cercanas. O eso, o bien las cajas se amontonarían en un desconocido depósito. Esos arreglos eran cosa suya y se le daban bien. Fue una conversación corta, una llamada de teléfono desde una cabina, como de costumbre, y el aviso pasado en clave, también como siempre. Todas nuestras conversaciones eran similares: un número limitado de palabras que utilizábamos, bien para darle el aviso de algún registro, bien para quedar en uno de nuestros lugares de encuentro. Circulaba por la autopista en un coche conducido por Ramírez y, tras nosotros, otro transportaba a cuatro hombres más. El tráfico era fluido y, en apariencia, nuestra misión carecía de complicaciones. Sólo yo estaba inquieto por más que intentara disimularlo detrás de mi habitual máscara cínica. Tal vez se pregunte cómo me enteré del registro: lo deduje. En teoría, el operativo era para detener a unos ladrones internacionales, ladrones de arte; dos tipos perseguidos por la Interpol por robar un museo en Holanda. ¿Creyeron ustedes que yo era un gilipollas? Lo personalizo porque era yo el que le pasaba la información a Pedralves, pero me da igual que hubiera sido otro. Reconozco que la historia que contaron era buena: habían localizado aquí a los ladrones del Museo Kröller-Müller. ¿Sabe usted algo de ese robo? Hombre, listo le considero, pero culto, no tengo por qué. Me he pasado la vida rodeado de animales que no saben distinguir un Goya de un Van Gogh; no sé por qué va a ser usted diferente. Mire, dejémonos de chorradas, si la historia hubiese sido cierta, la hubiera dirigido la Guardia Civil y no nosotros, y para salir en la foto junto a los *Girasoles marchitos* se hubiera apuntado hasta el Juez Garzón; no me joda. En lugar de eso, la operación la dirige Alcatraz desde Madrid y envía a un tipo como usted a ponerse al mando. ¿Qué policía podía ser tan imbécil como para no sospechar y ponerse a cubierto, aunque sólo fuera por si acaso? En fin, a lo mejor es que yo soy más listo de lo que creo. Pues nadie sabía nada, sólo nos ordenaron recogerle a usted y punto. La verdad es que yo sospeché de inmediato que aquello tenía que ver con Pedralves: una policía durmiendo con Sabrio y un único inspector desconocido desplazado para resolver el robo de arte más famoso

del siglo; y esa misma policía, la que no se despegaba de Sabrio, comiendo con un desconocido. Eran demasiadas casualidades para alguien que, como yo, no cree en la casualidad. Dándole vueltas a eso, llegamos al hotel donde se hospedaba el misterioso inspector. Bajé del coche y dejé al resto de los hombres en el aparcamiento. Desde recepción, le llamé.

—Diga.

—¿Álvaro Xeiijo? — dije.

—Sí.

—Soy el inspector Fernández. Le esperamos en el vestíbulo.

—Bien, ya bajo.

Paseé nervioso. No habían pasado cinco minutos, cuando vi descender un hombre por las escaleras. Supe que era usted, su aspecto le delataba. Hay algo en nuestra forma de mirar, de vestir, de andar que nos identifica como policías. A mí me lo parece. Usted me miró y caminó hacia mí sin dudar. También me había reconocido; tal vez por el mismo motivo, no creo que el poder adivinatorio me sea exclusivo. Claro que, en su caso, era de suponer que disponía de nuestras fichas, parecía lo más lógico; pero es igual y poco importa ya, no lleva a ningún sitio: me reconoció o se lo imaginó; da lo mismo. ¿Está seguro de que le interesa que le cuente esto? ¿Va a escribir un libro? Ríase todo lo que quiera, pero usted estaba allí, se lo sabe de primera mano. Como quiera, a mi me da igual, me sobra tiempo.

—¿Fernández? — dijo.

—Sí.

—Xeiijo.

No se molestó en darme la mano; tampoco le ofrecí la mía.

—¿Los otros? — dijo.

Usted se creía un buen poli, aún debe de creérselo. Rápido me di cuenta; un cabrón autoritario y con dominio de la situación.

—Esperan fuera.

—Vamos entonces.

Sonaba arrogante, pero supongo que no le habían mandado a Canarias a hacer amigos.

—¿De qué va esto?

No estaba dispuesto a comportarme como un pelele. Además, había que liberar al gato encerrado, que allí lo había.

– ¿El qué?

– No se haga el tonto; ya somos mayorcitos para juegos. No me creo una palabra de esa mierda de los ladrones de arte.

– Vamos a registrar un barco en el puerto.

Su tono era el mismo, de autosuficiencia. Fingí una sorpresa que no sentía en absoluto.

– ¿Adónde?

La pregunta daba mayor credibilidad a mi actitud de asombro. A mí me habían contado otra cosa y usted lo sabía. Es más, incluso puede que la idea fuera suya, aunque no lo creo, la verdad. Ese estilo es más de su jefe, de Alcatraz que se ve de director general con Corcuera. Igual para cuando yo cambie el hospital por la cárcel ya lo es y no me he enterado, que estos cabrones que ha puesto a vigilarme no me dejan ver ni la televisión ni los periódicos ni nada. ¿Qué tal le sentó descubrir que la batallita no había colado? Imagino que maldita la gracia.

– Ha oído bien. La operación es secreta y por eso lo que les han dicho no tiene nada que ver con la realidad. Motivos de seguridad. El barco tiene droga.

Estaba tan seguro de sí mismo que anticipé la sorpresa que se iba a llevar cuando llegáramos al puerto. Sería divertido.

– ¿Pedralves tiene algo que ver con esto?

Le puse a prueba, a ver si me daba más información. De paso le demostraba que yo no era un gilipollas, que no era de esos que no se enteran de nada. No le iba a poner fácil la lección que pretendía darnos.

– No sé, o no puedo decirle nada; para usted eso es lo mismo. He recibido órdenes de proceder a este registro. Nunca hago preguntas sobre lo que no es asunto mío y espero que los que están a mis órdenes hagan lo mismo.

Su voz le delató, una mínima elevación de volumen, para ahogar la sorpresa de comprobar que nada resultaba tan secreto cómo esperaba.

– De acuerdo, nosotros a lo que nos manden. Hace años que investigo a Pedralves. Si pronuncia la palabra droga en la isla, habla de él. Si a droga le añade barco, yo debería estar informado, por no decir al mando.

No dijo nada, no iba a darse por aludido por mis palabras.

– Es igual, estoy acostumbrado a que se nos ignore, somos canarios.

Decidí hacerme el dolido.

– Necesitaremos perros.

Cambié de tema.

— Cuando lleguemos al barco los pediremos.

— Como guste.

Los demás esperaban fuera de los coches. Usted viajó conmigo en el primer coche. Ramírez conducía. Había menos tráfico que a la ida. Fuimos en silencio. Usted me pareció un joven de aspecto intelectual, que no quiere decir que creyera que lo era de verdad. Era eso que los políticos llaman savia nueva, de los que han entrado en el Cuerpo en vez de hacerse profesores universitarios; a comerse el mundo defendiendo los valores de la democracia. Se creen que lo saben todo y en pocos años la realidad los devorará; demasiado mal olor para sus delicadas narices. Se lo digo así de claro porque de nada me sirve en estos momentos no ser franco con usted, ya me han jodido bastante. No creo que le moleste que diga que era joven. Treinta y tantos años es ser casi un niño para mí, eso también debe ser cosa de la edad.

En el puerto, los barcos reposaban plácidos en sus amarres. No nos costó encontrar el que buscábamos. En realidad yo sabía dónde estaba. Dos de los hombres se quedaron en el muelle, los demás subimos a bordo. Un marinero nos esperaba al final de la escalerilla cuando pisamos la cubierta.

— ¿Qué quieren?

Tenía un indefinido acento sudamericano.

— Vamos a registrar el barco — dijo usted y le entregó una orden de registro que guardaba en un bolsillo de la chaqueta.

— ¿Se puede saber qué buscan?

— Ya se enterará a su debido tiempo.

El hombre no habló más y se limitó a quitarse de en medio y a seguirnos como un perro. Era un tipo gordo, de mediana estatura, con el típico gorro de marinero calado hasta las orejas. Iba en manga corta, quizá con el único objetivo de mostrar una sirena tatuada en su brazo izquierdo. Fumaba una humeante y pestilente pipa.

— ¿Hay alguien más aquí? — le dijo usted.

— Todos han ido a la ciudad. Hace más de un mes que no atracamos.

— Fernández; pida los perros.

Después de dar la orden, usted se dedicó a rebuscar por el barco, yo la cumplí y me quedé en cubierta tomando el aire de la noche y preguntándome por qué Alcatraz — porque tenía que ser él, si no, no hubiera llamado para ordenar que fuéramos a buscarle a usted — había organizado todo aquello a mis espaldas. En pocos minutos llegaron dos

pastores alemanes de la Guardia Civil acompañados de sus adiestradores. Dejamos que los perros recorrieran la nave olfateándolo todo. Yo sabía que no iban a encontrar nada. Me divirtió mucho ver cambiar la expresión de su cara, ver cómo su seguridad se transformaba en ira, y su ira en ridículo. A la media hora, estaba claro que allí no había un gramo de cocaína y que lo único que usted podría hacer era detener al del tatuaje por su mal gusto.

—Permanezcan aquí de guardia, no quiero que entre ni salga nadie del barco. Mañana lo despedazaremos si hace falta, y usted, Fernández —al decir esto, se volvió hacia mí que estaba de pie junto a la escalera de acceso al barco—, queda al mando.

Luego le indicó a Ramírez que le siguiera y se marchó. Me quedé unos segundos en cubierta, viéndole alejarse con el rabo entre las piernas. Pensé que la bilis del orgullo herido estaría a punto de ahogarle. ¿Para qué tanta arrogancia? Las sombras se lo tragaron camino del coche. Sonreí. Hay cosas que nunca cambian, y una de ellas es la cara de gilipollas que se nos pone a veces. Era hora de irse. Que siguieran allí los demás. La noche no había hecho más que empezar para mí.

—¿Te has librado de la tía esa? —dije.

Sabrio me miraba con aprensión.

—Sí, está ahí abajo.

Le noté nervioso, más de lo esperado tratándose de un canalla como él.

—¿Nadie te ha visto?

—Nadie, estoy seguro. Además, ¿a ti qué te importa? Yo soy el que me la juego. Podías haberme avisado antes de que era de la pasma.

Parecía amargado. Ni siquiera se daba cuenta de lo absurdo que sonaba que me echase a mí la culpa de su incompetencia.

—Me la cargué hace horas. Lo que más me jode es ni siquiera le eché un último polvo. Llevo toda la tarde con el cuerpo en el maletero. Después de hablar contigo, se me puso mala sangre y acabé con ella. Es una putada, le había cogido cariño y estaba muy buena.

Ahora parecía afectado y era extraño descubrir que aquel animal tenía sentimientos. Se había enamorado como un adolescente de la persona que iba a buscarle la ruina. Siempre amamos a la persona equivocada, debe de ser que lo equivocado es enamorarse.

—A mí no me vengas con quejas —dije—. Yo no te dije que te encoñases como un

imbécil. ¿Me explico? El que se ha metido en esto has sido tú solito, a mí no me has llamado para que me acueste con ella. Así que límitate a darme las gracias, a mí y a mi paranoia, y a que no me fíe ni de mi sombra. ¿Cómo no sospechaste de que un bombón como ése quisiera andar contigo? Déjalo, nadie tiene la culpa de que tú seas tonto.

Sus ojos me devolvieron una mirada asesina. Sabrio era un cabrón de la peor especie, eso era innegable. No nos llevábamos bien: a mí me parecía un imbécil descerebrado, y seguro que él pensaba que yo era un mal necesario, pero nada más. La lealtad no está de moda; no me costó convencerle de que mordiese la mano que hasta ese momento le daba de comer, un buen pellizco de dinero y darle a entender que podía heredar el negocio de su jefe fue suficiente. Pedralves se estaba volviendo blando con la edad y eso le enterraría. Además, sin mi protección, Carlos Pedralves se disolvería como un azucarillo, y eso era algo que hasta Sabrio era capaz de entender.

—¿Dónde está la droga y el dinero? —dije

Estaba harto de cháchara innecesaria.

—La droga está en el coche... El dinero se me ha perdido. Creo que se cayó mientras metía el cadáver en el maletero. Tuvo que ser entonces.

Ya estaba allí la causa de sus nervios: diez millones de pesetas eran una buena razón.

—Eres un capullo, mucho más estúpido de lo que creía. ¿Has mirado bien?

—Vi cómo ella guardaba el dinero en una mochila, y la mochila no está. Ya te he dicho que se cayó cuando la subí al coche; venía alguien y tuve que darme prisa. No eres el único que va a peder dinero, la mitad era mía.

—¿Por qué mierda le diste el dinero a ella?

—¿Qué coño quieres que hiciera? Tenía que distraerla con algo, para cargármela sin que se diera cuenta.

—Llévame al lugar donde has dejado el cuerpo.

Descendimos por la suave pendiente y nos detuvimos junto al cadáver de la mujer; estaba bocabajo. Me agaché, me coloqué unos guantes de cirujano y hurgué en los bolsillos de la cazadora. Saqué su cartera y miré el contenido alumbrándome con una pequeña linterna. No había nada que la identificara como policía, sólo dinero y la documentación que yo sabía que era falsa. Devolví la cartera al mismo bolsillo. Volteé el cuerpo y enfoqué hacía él la luz para observarlo. Era guapa, tanto que sentí algo parecido a la pena. El mango ensangrentado de un estilete asomaba junto a uno de sus pechos que había quedado al aire.

—¿Has borrado las huellas? —dije.

– ¿Crees que soy tonto?

No me molesté en responderle que sí. Sabrio estaba incómodo, miraba hacia todos lados nervioso. Antes de incorporarme, desprendí el estilete y me lo guardé en el bolsillo después de limpiarlo.

– ¿Qué haces?

A Sabrio no le gustó que me quedara el arma con la que él había asesinado a su amante.

– Puede sernos útil más adelante. ¿Crees que te va a beneficiar que encuentren el arma?

Sabrio no habló. Enfoqué la linterna al suelo y volví a echar otro vistazo ampliando un poco la zona.

– Mierda, ni rastro del dinero.

– Ya te lo dije.

Regresamos a los coches.

– Es inútil seguir con esto, alguien habrá encontrado ya esa mochila y aquí no hay nada más que hacer – dije.

Había llegado la hora. Me fastidiaba que aquel dinero se hubiera perdido, pero no siempre en la vida salen las cosas tal y como las planeamos. Saqué con disimulo el estilete que me había guardado en el bolsillo.

– Lo siento – dije –. Las cosas se están poniendo difíciles; además, me jode perder dinero.

Antes de que la última palabra hubiera salido de mi boca, Sabrio se desplomó con una cuchillada en el pecho. Una mueca de asombro y pánico se quedó dibujada en el rostro del cadáver. No le había mentado, aquello no era personal: él ya era un imbécil cuando le conocí, incluso serlo determinó que le eligiera. Dejé caer el cuerpo junto a su coche. Limpié de nuevo el estilete y me lo guardé. Miré alrededor y comprobé que no había nadie en las proximidades. Apagué las luces del coche de Sabrio, abrí el maletero, cogí el paquete que contenía los diez kilos de cocaína pura, lo coloqué en el maletero de mi coche y subí. Desaparecí de la escena del crimen sin preocuparme de cerrar el otro coche, que se quedó con las puertas y el maletero abierto. Me interesaba que se descubriera el crimen aquella misma noche, y un coche abierto llamaría más la atención. Pensé que Pedralves acababa de ganarse un montón de problemas. Nadie mejor que él para cargar con la muerte de su hombre y de la policía que le acompañaba. En su momento, yo sabría cómo convertir aquel paquete de cocaína en un sustancioso retiro.

La noche invitaba al sosiego, al paseo tranquilo y relajado. La temperatura era suave, el cielo cuajado de estrellas. Sin embargo, no había apenas gente por las calles a esa hora. La vida nunca deja de ser irónica y cualquier día puede ser bueno para morir. Al cruzar sobre el puente, vi a varias personas asomadas al pretil e imaginé que era posible que ya les hubiera llamado la atención el coche abandonado. No me detuve, debía llegar pronto a casa. En menos de diez minutos estaba entrando en el garaje. Subí a mi habitación y me tumbé en la cama sin desnudarme, estaba convencido de que no tardaría mucho en sonar el teléfono. Imaginé que en el puerto habrían empezado a desarmar el barco en busca de una droga que no encontrarían. De todos modos, así sería más divertida la vigilancia. En la comisaría no se atrevían a dar un paso sin que yo estuviera presente, y los cadáveres no tardarían en aparecer. Me sentí cansado, aquel trasnochar continuo por uno u otro motivo no era la única causa, un sentimiento de hastío, cada vez más cotidiano, pesaba más. No piense que tenía remordimientos, hace años que no me preocupa nadie más allá de mi persona. Lo que me cansa es convivir con la necesidad, y, aunque suene pedante, cada vez hay más necios. La gente ha perdido el gusto por las cosas bien hechas, o tal vez es que desconoce el valor de lo que tiene. Cualquier idiota da por supuesto que está lleno de derechos, prerrogativas que tiene sólo por nacer. Así es imposible que nadie tenga gusto por el esfuerzo. En fin, puede que incluso yo me haya contagiado de tanto papanatismo, si no, nunca me hubiera ocurrido esto. Es lamentable, pero cuanto más lo pienso, más me sorprende mi impericia. Sin duda me he hecho viejo y descuidado al mismo tiempo. O había perdido la costumbre de enfrentarme a contrincantes de nivel. Ya es inútil lamentarse. Aquella noche, lo único que me preocupaba era saber hasta dónde había llegado en sus investigaciones la mujer del barranco. Suponía que a nada que me implicara, si no, ya hubiera estado detenido. Sólo quedaba esperar

—¿Quién ha encontrado los cadáveres?

Estábamos en mi despacho. Carmelo se había quedado al mando en comisaría y, como esperaba, fue quien me llamó a casa por si yo creía conveniente acercarme.

—Una pareja de municipales que patrullaban por la zona. En realidad, a la mujer la encontraron unos vagabundos; ellos avisaron a los municipales. Los policías, al acercarse, encontraron al hombre; estaba al lado de un coche que tenía las puertas

abiertas.

—¿Y los vagabundos?

—Están abajo, en los calabozos. Yo no les he visto todavía, pero los han interrogado y no saben nada. No es extraño, estaban borrachos; realmente como acostumbran. Son de los que están siempre por la zona. Un tal Jesús, que todos llaman el cojo; Pablo, *el avispa*, y su hembra, la Dolores... ya sabe, la Reina del barranco, como la llaman todos. Esa mujer, cada día está más hecha polvo. Vieron a la muerta cuando iban a la cueva en la que vive la Reina, entre los dos puentes

—¿Han identificado los cadáveres?

—El hombre es Manuel José Sabrio, el tipo que hemos seguido más de una vez, el empleado de Pedralves. La mujer es la misma que lo acompañaba últimamente. Su documentación ha aparecido tirada en suelo, en una cartera que no tenía nada más, pero no creo que sirva de mucho, es falsa, el número del carné que llevaba es de una persona que murió hace unos meses. Así que seguimos sin saber quién era.

Carmelo López es un hombre sencillo y disciplinado que ama su trabajo sin cuestionarse nunca nada y que, por ello, siempre fue de una utilidad fuera de dudas. Tanto, que al final ha resultado demasiado útil. Llevaba años a mis órdenes. Echaré de menos su calva, más que la calva, el peinado de raya encima de la oreja con la que se la tapa. En fin: gordo, bajo y calvo; un tipo bonachón.

—¿Ha levantado ya el juez los cadáveres? —dije.

—Cuando me vine a comisaría acababa de llegar. El forense hacía un rato que estaba por allí. Imagino que ya habrá realizado el levantamiento.

—¿Qué opina el forense?

—Apuñalamiento en ambos casos. Parece que la chica murió varias horas antes, puede que unas cinco. No la asesinaron allí, todo indica que la trasladaron en el maletero del coche que había junto al cadáver del hombre. El coche está a nombre de una de las empresas de Pedralves; es el que conducía Sabrio habitualmente. En el maletero había una manta manchada de sangre. Están analizando el tipo sanguíneo, imagino que será el de la chica. A los dos los han matado con un cuchillo muy fino, como un estilete; no ha aparecido. Es probable que el asesino sea el mismo, por la coincidencia del arma. El coche está lleno de huellas, pero todas son de los muertos.

—¿Hay algo más que sea relevante?

—Bueno, que no había signos de violencia. Claro, si exceptuamos la herida que les causó la muerte. Parece que ninguno de los dos esperaba lo que le pasó, eso indica que

conocían a los asesinos, o al asesino, si es que era la misma persona.

—¿Y el motivo?

—No parece un robo, aunque tampoco llevaban encima cosas de gran valor y es posible que haya desaparecido un bolso. Lo normal es que ella llevase uno. Claro que hemos encontrado la cartera, pero una mujer sin cosas de maquillaje o pañuelos se me hace raro. Yo me inclinaría por un ajuste de cuentas.

La labor policial de Carmelo nunca defraudaba.

—¿Se ha enterado la prensa?

—No, y el juez iba a decretar secreto el sumario.

—Pues por nuestra parte que no trascienda nada sin que yo dé permiso. Ni siquiera intenten localizar a los familiares de las víctimas. Si aparece alguno, que lo dudo, antes de nada me llaman.

—De acuerdo, no se preocupe.

—Cuando termine de dar las instrucciones oportunas, márchese a su casa y procure descansar, si se le necesita, ya le avisaremos... ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Qué hay de la droga del barco?

—Hace un rato hablé con los expertos de la Guardia Civil que se quedaron terminando el registro. Hasta el momento no había nada, y según su opinión, allí estaban perdiendo el tiempo. También hablé con nuestros hombres para saber si habían recibido alguna visita interesante. Me dijeron que no, que los únicos que habían aparecido eran los miembros de la tripulación, todos bastante borrachos. Les hizo poca gracia que no los dejaran subir a bordo.

—Era de esperar. Buenas noches. Voy a bajar a ver a los vagabundos, no quiero que los dejen marchar.

Carmelo López salió de mi despacho después de despedirse, le di tiempo para que se alejase, y de esa forma no encontrarme de nuevo con él. Me levanté de la silla, salí al pasillo desierto, caminé una decena de metros hasta el ascensor. Me pareció que todo transcurría conforme a mis intenciones. Aún no tenía claro cómo me las ingeniaría para dar una solución plausible a aquel caso. Solución en la que sería conveniente implicar a Pedralves; y, para evitar consecuencias indeseables, convertirlo en el tercer cadáver. Cuando todo concluyera, pediría una larga excedencia; y cuando todo se hubiera enfriado lo suficiente, convertiría en dinero el paquete de cocaína que guardaba a buen recaudo en mi casa, y para el que tenía un lugar reservado en un trastero del que nadie sabía que era dueño. Me sentí optimista. Las puertas del ascensor se abrieron, bajé al

primer sótano. Desembarqué frente a un policía uniformado, sentado tras una mesa.

– Buenas noches, señor – dijo.

– Voy a ver a los vagabundos.

El hombre se levantó, abrió la reja que daba acceso al pasillo y se apartó a un lado. Después, hizo intención de seguirme.

– No es necesario que venga. Si le necesito, le avisaré.

No replicó, volvió sobre sus pasos y se sentó de nuevo. Los calabozos son una gran habitación dividida en dos filas con tres jaulas a cada lado y un pasillo central. Los de la derecha estaban vacíos, y en cada uno de los de la izquierda estaba uno de los vagabundos. En los dos primeros, dormitaban los hombres sobre los camastros adosados a la única pared de obra. Me paré frente al que guardaba a la mujer. También estaba echada sobre el camastro y se tapaba con una cazadora de cuero negro que yo conocía.

– Bonita cazadora tienes.

Mi voz la sacó del duermevela y se quedó mirándome aturdida.

– ¿Qué?

– Que bonita cazadora tienes. ¿De dónde la has sacado?

– Es mía. La compré. La Reina puede comprarse estas cosas cuando quiere.

Hablaba con voz pastosa, de borracha. Aquella mujer tendría unos cuarenta años, pero aspecto de sobrepasar en mucho los cincuenta. Tenía el pelo lacio, desaliñado y pegado al cráneo por efecto de la grasa y la suciedad acumulada. Su cara parecía una máscara huesuda de ojos hundidos, nariz ganchuda y boca que semejaba una raja sin labios, por la que aparecía la dentadura amarillenta, negruzca y llena de mellas. Más que un cuerpo, tenía un esqueleto cubierto de cuero mal curtido. Hasta mí llegaba su nauseabundo olor mezcla de podredumbre y alcohol.

– Lo que tú quieras, Reina; pero procura que nadie se enteré de que te dedicas a robar a los muertos. Por mi parte puedes quedártela, junto con el dinero que había en la cartera que tiraste al lado del cadáver, y que ya sé dónde acabará.

Parecía que los que habían interrogado a aquellos tipos no eran tan buenos como Carmelo. De todas formas, lo de la cazadora no tenía ninguna importancia. Me pareció que todo estaba en orden. En su momento, esta mujer y sus acompañantes firmarían la declaración que a mí me interesase, no sería demasiado válida, pero lo suficiente para mis propósitos. Ahora sólo faltaba hacer una llamada. Alcatraz era quien había dado órdenes de que fuéramos sus acólitos en el registro del barco, y era seguro que estaba detrás de la repentina aparición de la misteriosa policía y de usted mismo. No entendía

por qué había creído oportuno mantenerme al margen de la operación, creo que eso ya se lo he dicho. O más que no entenderlo, no lo había previsto; me había confiado en exceso. Una racha continua de buena suerte es la mayor enemiga del delincuente. Sí, no tengo ningún rubor en reconocerlo, eso es lo que soy: un delincuente, un policía corrupto; un traficante y un asesino. No a la escala que me han adjudicado ustedes, quién sabe por qué conveniencia, pero soy todo eso... Pero he perdido el hilo, hablábamos de la suerte, y eso era lo que yo había tenido durante mucho tiempo: suerte. El resultado era el exceso de confianza. Cuando empezamos con esto, después de que Pedralves se acercara a mí en una fiesta hace ya muchos años y me dijera a bocajarro que estaba dispuesto a pagarme mucho dinero a cambio de pequeñas informaciones, decomisábamos algún alijo de vez en cuando, sin implicarle a él, pero sí haciendo caer a alguno de sus socios en las islas, o mejor a alguno de los que eran su competencia; siempre eran pringados dispuestos a comerse el marrón, calladitos y bien pagados a cambio de su silencio. Pero cada vez espaciábamos más los fracasos y aumentamos la frecuencia de los triunfos. No era de extrañar que Alcatraz terminara mosqueado. Hasta había tardado mucho en hacerlo.

–Voy a hacer una llamada –dije.

El policía cerró la verja y me dejó solo. Desde el teléfono que había sobre la mesa, llamé a un número que me sabía de memoria.

–Dígame –me contestaron al otro lado de la línea.

–Soy el inspector jefe César Fernández. Necesito hablar con Juan Alcatraz. Localícelo. Estaré esperando su llamada en mi despacho en cinco minutos. Es muy urgente.

Colgué sin esperar respuesta.

–Procure que a los detenidos no les falte comida, ni tampoco bebida, no nos interesa que les vaya a dar cualquier cosa por falta de alcohol. No se trata de que estén como cubas, pero sí que se mantengan normales. El policía esperaba de pie. Tomé de nuevo el ascensor y me aposenté en mi despacho. La llamada no se hizo esperar.

–Sí, dígame –dije.

–¿Fernández?

–Sí, Alcatraz, soy yo. Siento molestarte a estas horas.

En realidad me importaba un pito llamarle cerca de las cinco de la mañana, más me había jodido él.

–Te llamo porque hemos encontrado dos cadáveres. Uno es el de un tal Sabrio, un

hombre de Pedralves. El otro, el de una misteriosa mujer que salía con él desde hace un tiempo. O yo soy un imbécil, o tú sabes quién es ella, o quién era, hablando con propiedad. Es más, me juego la cabeza a que era policía, una de los tuyos.

Callé unos instantes, pero Alcatraz no habló.

– Además, por si te interesa, en el registro de anoche no encontramos una mierda.

– Bien... En cuanto a esa mujer, no te puedo decir nada, sólo que le vigilaba a Sabrio y eso ya te lo habrás imaginado, los motivos no vienen ahora al caso. Xeiijo se encarga de todo y él se pondrá en contacto contigo para pasarte instrucciones sobre estas muertes. En especial sobre la de ella. Si no quieres tener problemas, límitate a cumplir sus órdenes. Te conozco desde hace tiempo y eres demasiado aficionado a actuar por tu cuenta. De momento ten cerrada la boca. Yo no te he contado nada. Gracias por la llamada.

La verdad, Xeiijo, me pareció que su jefe era un gran hijo de puta; un cerdo al que yo conocía, ya se lo he dicho. Un desgraciado que había medrado sin importarle a costa de quién. No puedo decir que nada me sorprendiera. Lo mejor que yo podía hacer era tomarme un café bien cargado y esperar a que usted me llamara, o apareciese con sus aires de niño guapo, de honrado policía sabelotodo. Vamos, y perdone que se lo diga así de claro, de perfecto gilipollas.

*Continúa...*

## **Tercera Parte**

Álvaro Xeiño

## I

(Noche del domingo)

¿Que cómo ocurrió? Imagino que como todo, porque sí, sin motivo aparente; con la mala leche que se gasta la vida: un día estás dormido y suena el teléfono, un molesto timbre que suena y suena. Así fue, así de simple. Me di la vuelta en la cama, pero el teléfono seguía sonando; aunque era una pesadilla, era real. Descolgué el auricular, se me escapó y cayó al suelo. Tiré del cordón, lo recuperé y me lo llevé a la oreja.

—¿Qué pasa? —dije.

Aún no estaba despierto, todavía me resistía a abandonar el sueño. La hora era impropia, pero no anormal, porque era la hora en que el teléfono sonaba más veces en mi casa. Adiviné la respuesta, adelanté el mal sabor de boca, odie lo que ya sabía que vendría a continuación.

—¿Álvaro? ¿Me oye?

La voz insistió, me arrancó del sopor del sueño, me devolvió a la realidad cotidiana. No sirve querer soñar para poder permanecer haciéndolo.

—Sí, le oigo, para mi desgracia aún no me he quedado sordo. ¿Se puede saber qué pasa?

El volumen de voz fue subiendo al ritmo de mi descontento, quizá la pregunta fuera un grito. Encendí la luz y miré el despertador: las cuatro de la mañana. Sólo llevaba dos horas en la cama.

—Oiga ¿Me oye?

La voz bramaba, insistiendo en su estúpida pregunta.

—Sí, sí. Maldita sea. ¿Qué quiere a estas horas?

Sabía quién se encontraba al otro lado del teléfono.

—Necesito que esté en la comisaría dentro de una hora. ¡Ah! Traiga el equipaje que necesite, se marcha usted a las siete y media. No necesitará coche, va en avión.

La voz recuperó la autoridad que le confería su puesto y concluyó la conversación sin posibilidad de réplica, sin esperar respuesta. Colgó. Me dejé caer en la cama. Miré al techo. Luego cerré los ojos, esperaba que al abrirlos de nuevo todo hubiera sido una pesadilla; pero, por desgracia no era un mal sueño, sino la repelente realidad. La realidad que permitía que un tipo pudiese refugiarse en su miserable puesto para ser el amo, si no del mundo, al menos de mí. Todo era inútil. Me pregunté, ni la primera ni la última vez, quién me había mandado meterme en este trabajo, con la de cosas que se pueden hacer

en la vida, y odiando, como odio, el poder y las jerarquías más que al veneno. Era hora de levantarse y olvidar. Mi habitación es pequeña, apenas coge la cama, una mesilla de noche, una silla y una estantería atestada de libros. No tengo cuadros, las paredes están desnudas; el efecto es la provisionalidad permanente. No he tenido tiempo de convertir aquello en un hogar; y quizá, en realidad, tampoco he querido. Me levanté y fui al lavabo tambaleándome. Abrí la ducha y me miré al espejo. De haber estado más despierto, o más cuerdo, hubiera soltado un grito. El reflejo era un hombre ojoso, de pelo encanecido, barba de una semana y un cuerpo blanco como la cera. Con la vida que llevaba, un milagro que no estuviera peor. No era forma de empezar el día de mi cumpleaños. Treinta y cuatro años. Me parecerían muchos, o ya hacía mucho que me parecían demasiados. Soy un viejo vocacional. Me duché. El agua lava, pero no da la paz, no cala más allá de la piel. Salí de la ducha y me sequé. Busqué mi bolsa de viaje, estaba a medio hacer. Añadí algo más de ropa, cambié los libros que ya había leído por otros y comprobé que no faltara nada en el neceser. Metí en el bolso bandolera el libro que estaba leyendo, un radiocasete y una decena de cintas. Cogí la Browning que estaba sobre la mesilla de noche. Del primer cajón saqué varios cargadores de repuesto y puse todo en la bandolera. Terminé de vestirme. Estaba a punto de salir cuando recordé que, si quería coger un taxi, a aquellas horas tendría que llamar por teléfono. Puede que te preguntes cómo me hice policía, muchas veces yo también, ya te lo he dicho. Ni siquiera hay polis en mi familia y a mí lo que me gustaba era el periodismo, ser reportero: la aventura, viajar, hacer fotos y plasmar todo en un artículo o en una crónica, o incluso en un libro. En casa la economía no iba bien y mis relaciones con los viejos tampoco, así que empecé a trabajar joven, en una fabrica de televisores. Seguí estudiando, oposité a todo lo que salía y significara mayor sueldo y alguna expectativa de porvenir. Podía haber acabado en un banco, en un ministerio, pero le tocó a la policía. Por entonces ya estaba a mitad de carrera; luego todo vino rodado, una cosa llevó a la otra, y ni siquiera la acabé. En fin, es igual, podría licenciarme en cualquier momento, pero me da pereza y he perdido el entusiasmo. ¿Por qué te lo cuento? No lo sé, será el famoso quid pro quo.

— Buenas noches. ¿Me puede enviar un taxi? Sí, a la calle Hileras número siete. Dígale que le espero en la calle. Gracias.

Me había despertado por completo y había sido capaz de comportarme como un ser humano. Me pareció perfecto. Colgué la bolsa de mi hombro, cogí la maleta, descolgué la cazadora del perchero y salí al descansillo. Un último vistazo al apartamento, y cerré la puerta con un evidente gesto de fastidio. ¿Cuándo volvería? ¿Qué por qué estos detalles?

No sé, me gustan los detalles: dicen más de lo que creemos y son curiosos. Recordamos movimientos, frases concretas, cómo nos sentimos, y luego olvidamos otras cosas: citas, caras, aniversarios; o no sabemos por qué hemos ido a un sitio o que hicimos un día entero. Es igual. No sabía cuándo iba a volver o cuánto me quedaría a la vuelta; siempre con la maleta a cuestas. Tal vez ahora la cosa cambie. Llevaba años deseando que me asignaran una comisaría de barrio, que terminara con la brigada especial y con mi prometedor carrera. Años acordándome del día que rellené la instancia, de haber dicho sí a mi primer misión especial que me alejó de una mesa y de una pantalla de ordenador. A veces me digo que ése día me convertí en un imbécil. Salí del portal. Me subí el cuello de la cazadora y esperé apoyado en la pared a que llegara el taxi; la barca de Caronte con destino al infierno. La ciudad parecía abandonada, ni siquiera allí, en pleno centro, había gente. El cielo estaba plomizo. Hacía frío, un hielo que escurría entre los edificios y arañaba la piel. La primavera había llegado, aunque debía de ser en otros sitios, en Madrid hacía más frío que en el mes de enero. Era un buen momento para unas vacaciones en Malibú. Uno de esos lugares de película que resultan tan inaccesibles como la luna. ¿Coincidencia extraña? Quizás; pero no es la única, también hemos nacido en el mismo mes y, a veces, estas cosas pasan. La pasión que siento por esa playa es responsabilidad de Elia Kazan, de una película que vi hace muchos años, de la que no recuerdo el nombre ni los actores ni el argumento, sólo un hombre y una mujer juntos, enamorados, visitando la estructura de una casa y con una inmensa playa a sus pies. Eso es para mí Malibú. Un taxi se detuvo a los pocos minutos. El taxista accionó un mecanismo y abrió el maletero sin bajarse del coche. Introduje mis bultos, abrí la puerta trasera y me acomodé en el asiento. Una mampara de plástico me separaba del conductor. En el coche hacía calor.

– Buenas noches.

– Buenas noches. Al Paseo de Rosales, al número sesenta y dos – dije.

Dobló por la primera calle a la derecha. Frente al Palacio Real, nos detuvimos en un semáforo. Por las calles no circulaban casi coches. Las luces de los semáforos cambiaban de color confiriendo aire de verbena a la noche gélida. Madrid dormía a nuestro alrededor a la espera de un nuevo día, otra jornada de ruidos y prisas, de polución y empujones en el metro. Tardamos pocos minutos en llegar junto a un edificio de ladrillo visto y cuatro pisos de altura. Dos guardias uniformados vigilaban la entrada. Pagué. El taxista abrió el maletero. Recogí el equipaje y me dirigí a la puerta. Los dos agentes me saludaron. Les devolví el saludo y me encaminé hacia el ascensor que había frente a la

entrada. No tuve que esperar, las puertas se abrieron en cuanto oprimí el botón de llamada. Subí al cuarto piso. Doblé a la derecha y caminé por un pasillo ancho con puertas a los lados. Al fondo, el reflejo de la luz tras una puerta con cristales esmerilados, denunciaba que en aquel despacho había alguien. Allí estaba mi futuro inmediato. Pasé sin llamar.

– Buenos días – dijo.

– Buenas noches, querrá decir; y buenos lo serán para usted, para mí son una mierda, una mierda recurrente.

– Déjese de ironías. ¿Recuerda a Lucía? Me llamó ayer; si no la ayudamos, puede tener problemas. Busca pruebas contra Pedralves.

– ¿Quién es ese?

– Un traficante, un tío demasiado escurridizo hasta ahora. Sospecho que la causa es que hay implicada gente de dentro, de los nuestros. Es la única explicación a tanta perfección. Últimamente no decomisamos nada y no me sirve que me lo atribuyan a que ha descendido el tráfico. No quiero que Lucía pida ayuda a los agentes locales, no me fío. Nadie, salvo ella, sabrá que está usted allí. Aquí tiene el dossier y los datos del vuelo. Estúdielo. También lleva la reserva del hotel y de un coche de alquiler. El sobre tiene dinero; procure no gastárselo todo.

Sonrió, sin ganas, en una mueca.

– No se queje – dijo-, vive como Dios: buenos coches, buenos hoteles, buenos viajes.

Me miró esperando una respuesta que yo no le di.

– Me llama en cuanto llegue. ¿Alguna pregunta? – dijo.

– ¿Por qué no se va usted y me deja su despacho?

– Déjelo ya. Este despacho es un mata hombres. No sabe la suerte que tiene, lo suyo son unas vacaciones de clima tropical y usted se queja. Los jóvenes no saben lo que es sufrir para conseguir las cosas.

Era un cerdo, un puerco orondo y cebado que permanecía sentado mientras los demás nos jugábamos el pescuezo. Todo lo que había hecho en su vida fue perseguir comunistas y estudiantes en la dictadura. Es decir, a todos los que no estaban de acuerdo con el régimen y se atrevían a hablar; gente que no había matado una mosca. Bueno, eso no fue todo, después lamió un puñado de culos para seguir allí. Y tenía la desfachatez de venirme a mí con monsergas.

– ¿Cómo estableceré contacto con Lucía? – dije.

– Ella lo localizará a usted. De momento no haga nada; quizá no haga falta. Estamos

a punto de trincar a Pedralves, a algún colombiano y a varios tipos de la mafia, italianos que se han indo asentando en la zona. Aunque no caigan todos, habrá valido la pena. Ahí lleva todo, estúdieselo bien. ¡Y venga, muévase! Si sigue aquí perderá el avión.

Cogí la carpeta y el sobre con el dinero.

—¿Dónde coño estaba a la una y media de la madrugada? —dijo.

No contesté.

—No me dirá que trabajando, porque sé que no. Luego se lamenta de que no le dejo dormir. No olvide llamarme en cuanto llegue y tenga cuidado.

Me levanté, recogí mis cosas y salí sin despedirme. Ya en el pasillo, oí la airada queja de mi jefe.

—Bonita educación. ¡Adiós, hombre! Buen viaje.

Cogí el mismo ascensor por el que había subido, que aún seguía en el piso. El edificio estaba casi deshabitado. Bajé. Me encontré de nuevo frente a la puerta de la calle, me despedí de los agentes que seguían allí helados de frío. Un taxi se detuvo. Una pareja, vestida de fiesta, descendió del coche. Ella, con un traje negro ceñido con un impresionante escote que invitaba a mirar su pecho; era alta, rubia, con el pelo largo y cuerpo de modelo. Después de bajar, se envolvió en una capa. Él era aún más alto, llevaba un smoking negro y el pelo largo recogido en una coleta. Ni siquiera el traje lograba disimular su cuerpo atlético. Aproveché la oportunidad para ocupar el taxi que había quedado libre. Los observé durante unos instantes, el tiempo que tardó el taxista en acomodar mi equipaje en el maletero. Los envidié; su vida, que fueran guapos y pudieran cuidarse de aquella manera.

—Buenos días. O buenas noches, según como se mire —dijo el taxista—. Aunque con este frío lo de buenas parece una broma. ¿Dónde le llevo?

Habló de corrido, tenía ganas de charla.

—Sí, hace frío. Al aeropuerto, a salidas nacionales, por favor.

El coche arrancó y el taxista permaneció en silencio durante el trayecto. O me había equivocado, o el hombre se había dado cuenta de que yo no tenía ganas de hablar. Lo agradecí. La ciudad despertaba. Mayor número de coches circulaban por las calles. Una claridad leve se insinuaba en el cielo. En pocos minutos, el centro quedó atrás y circulamos por una autopista de cinco carriles. Llegamos. El taxista se apeó de nuevo, extrajo del maletero mi equipaje y lo depositó en el suelo mientras yo preparaba el importe de la carrera. Recogí mis maletas y caminé hacia el interior. En facturación la cola no era larga. El aeropuerto era un constante ir y venir de viajeros, de aviones que

aterrizaban y despegaban. En el control de pasajeros me identifiqué como policía. No me gusta, pero cargar con una pistola me obliga a ello. Caminé hacia la puerta de embarque. Me acomodé en un asiento y miré distraído por una ventana. Cuando era niño me llevaban al aeropuerto a ver aviones. Entonces no me importaba pasar horas apoyado en la barandilla de la terraza, algo que ahora era imposible, observando la llegada y salida de monstruos alados que desafiaban la gravedad. Los pasajeros descendían orgullosos, elegantes, vestidos con trajes caros. Mis inocentes ojos de niño imaginaban que sus vidas eran exóticas. Ahora los aeropuertos me producen cierta depresión y quienes vagan por ellos me parecen tan perdidos como yo mismo. Anunciaron el embarque del vuelo en el monitor. No tardó en formarse una cola espontánea, yo seguí sentado. La fila de pasajeros ya había desaparecido cuando me acerqué al mostrador. La azafata tomó mi tarjeta de embarque y me deseó un buen vuelo. Caminé por el túnel hasta el avión. Era grande, con tres hileras de asientos. Iba completamente lleno. Un murmullo de conversaciones en distintos idiomas. El avión provenía de algún aeropuerto europeo. Supuse que sus pasajeros buscaban unos días de felices vacaciones, días de sol lejos de los hielos de sus países. Los motores rugieron. Me fijé en las piernas de la azafata. Pensarás que los hombres siempre estamos con lo mismo, pero no te engañaré, me gustaron sus piernas largas y esbeltas. Por desgracia, van quedando pocas así en la compañía: todos envejecemos. Tal vez pensar en las piernas de la azafata me recordó a Lucía. Era una vieja conocida, de una vitalidad desbordante y estaba muy bien. Unos días de cama con ella no me vendrían mal. Y ya sé que vuelvo a lo mismo, pero tú no eres distinta, tú misma me has contado tus andanzas. Lucía y yo hacía tiempo que no nos veíamos. Ella llevaba una vida tan perra como la mía, de noches en vela, de pistolas bajo la almohada y, algo de lo que yo me libraba, de soportar amantes obligatorios. Acostarse con aquellos hombres por motivos muy diferentes del amor, del cariño o del deseo; tipos que podían pasar de hoyar su cuerpo con lascivia a llenarlo de plomo en un instante. Tal vez por eso nos entendíamos a la perfección. Además, aunque te rías, tenía el mejor par de tetas que he visto nunca; y eso que las tuyas no están nada mal. Yo llevaba mucho tiempo sin pareja. El sexo es el sexo y no puedo vivir sin él. ¿Prosaico? Es igual. Abrí el dossier, no me apetecía, no tenía deseos de conocer lo que estaba allí escrito. Sabía que los papeles escondían una historia que me quitaría un pedazo de mi vida, un tiempo que no volvería y que, como siempre, me dejaría olor a pólvora y el más amargo de la sangre. Me equivocaba, hoy juraría que me quedé corto, que me quitó más. Una voz anunció por los altavoces: «Señoras y señores pasajeros, bien venidos a bordo del vuelo de Iberia

ciento veinticinco con destino a... –la comunicación quedó ahogada por las interferencias–. El comandante Aguilar y toda la tripulación esperamos que tengan un vuelo agradable. La duración aproximada será de...». No escuché más y me concentré en el informe que tenía delante.

## II

(Mañana del martes)

Me incorporé de la cama y caminé hasta la terraza. El aire era cálido. Miré hacia el mar. Recostado en una tumbona, dejé que el sol me calentara. No se estaba mal allí, no era Malibú, pero no estaba mal. Esperaba que Lucía me llamara pronto, lo deseaba; si no, el encierro terminaría por aburrirme. De momento, el descanso era un bálsamo con el que recuperar unas fuerzas y un ánimo que no atravesaba sus mejores días. No pasaba nada especial, era simple hastío. Eso fuera lo malo: hacía años que había dimitido de buscar el lado bueno de las cosas. Agradecí que los cerdos que me manejaban me buscaran buenos hoteles, aunque sólo fuera para luego restregármelo por las narices. Podían haberme dicho cuándo iba a aparecer Lucía. Al no hacerlo, me habían condenado a mantenerme encerrado. Si el informe era correcto, el trabajo parecía sencillo y no duraría mucho. Pedralves estaba con el agua al cuello, era posible que ya le hubiera subido algo más arriba. Pero lo fácil nunca lo es tanto; en este oficio es una lección que aprendes rápido. La habitación era más grande que todo mi apartamento, con una gran cama de matrimonio en el centro, que es como a mí me gusta. Ríete; para otros usos las camas me dan igual, pero para dormir las quiero grandes. Tenía de todo: televisión, escritorio, minibar, música. El baño no desmerecía. La terraza era un solarium, con los muros altos para que el interior no fuera visible desde otras habitaciones. Las vistas al océano eran magníficas. Entre el edificio y el mar había un jardín con una piscina; luego sólo un malecón contra el que rompían las olas. Sonó el teléfono. Cambié la tumbona por la cama.

—Sí— dije.

—Hola.

Reconocí a Lucía.

—¡Por fin! Llevó más de un día aquí encerrado esperando tu llamada. Se me ha puesto cara de monje de clausura.

—Un poco de relax no te vendrá mal.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde recepción.

—¿Por qué no subes?

—No quiero dar sorpresas. Igual no estás solo — dijo riéndose.

—Anda, sube ya y no te cachondees.

– Vale, pero ponte algo, seguro que andas en pelotas.

– ¿Es un problema?

Me puse un pantalón corto que había sobre una de las butacas y una camiseta. Me senté a esperar. Deseaba verla. Hacía casi dos años desde la última vez, en Barcelona. Suponía que ella habría pasado ese tiempo en misiones con mucho peligro y poco de agradables; eran su especialidad. Aunque me costara reconocerlo, su vida era peor que la mía, pero no estaba seguro de que ésa fuera la respuesta obtenida si se le preguntaba a ella. Llamaron a la puerta. Al abrir, me encontré con la sonrisa de Lucía. La besé en los labios y nos abrazamos.

– Sigues tan estupenda como siempre.

Me había separado lo suficiente para poder observarla.

– Y tú tan golfo y adúlón.

– ¿No irás a quedarte en el pasillo?

– Quizá estaría más segura que ahí dentro

Rió. Me aparté del umbral y la dejé pasar. Salimos a la terraza y nos sentamos uno frente al otro. Lucía era alta, morena, pelo corto peinado a lo chico, ojos negros de largas pestañas y boca de sonrisa perenne. Tenía los hombros anchos, caderas grandes, buenos muslos y aquellas tetas suyas que me volvían loco, y que se marcaban libres de sujetador bajo la camiseta.

– Tienes más canas y más entradas. Estás hecho un asco.

– A ti se te ve muy bien, incluso más gorda.

– Y tú más cerdo.

La respuesta dejó paso a la risa. Aquel era un juego que solíamos practicar.

– ¿Quieres una copa? – dije.

– ¿Tienes vermú y algo de picar? Estoy muerta de hambre.

– Aquí hay de todo, sólo hay que pedirlo.

Llamé y pedí que me subieran dos vermús, unos mejillones y unas almejas. Volví a la terraza.

– Ya está, no tardarán – dije –. ¿Por qué tu llamada de auxilio?

– No pedí auxilio; el jefe se puso nervioso, ya le conoces. Teme que el tío se me escape en el último momento. Esperamos un envío y aquí no decomisan una mierda desde hace un siglo. Muy sospechoso. Estos días, el cabrón al que estoy pegada está muy nervioso. Creo que es porque Pedralves sospecha de él. Yo también sospecho, me parece que está traicionando a Pedralves, pero él no tiene bastante cerebro para eso; así que

tiene que haber alguien más.

—¿Qué piensas que está haciendo?

—No sé, lo más fácil es que aduldere droga a espaldas de Pedralves y la venda en su propio beneficio. Aún no tengo pruebas.

Llamaron a la puerta. Era un camarero. Dejó una bandeja con lo que habíamos pedido y se marchó. Salí a la terraza con la bandeja. Lucía cogió uno de los vasos y bebió un trago. Lo mismo hice yo después de sentarme.

—Pero será mejor que te cuente todo desde el principio. ¿Qué sabes? —dijo.

—Me han hecho un resumen de lo que se persigue y de lo que has averiguado, no sé si muy completo. Aparte de algunos nombres, sé poco.

—Entre esos nombres, supongo que estará el de Manuel José Sabrio.

—Sí.

—Ese hijo de puta es con el que estoy. Una auténtica víbora; el mundo sería un lugar mucho menos asqueroso sin él.

—Te cae bien. ¿Y yo qué pinto en todo esto?

—El otro día le dije al jefe que el miércoles, o sea mañana, llegará un cargamento. No quiere que me ponga al descubierto. Además, busca que la policía de aquí siga creyendo que estoy implicada, que no sólo soy la amiguita de ese cabrón de Sabrio, sino algo más.

—¿Sospechan de ti?

—Me han seguido, han entrado en mi apartamento, y no sé cuantas cosas más. Ya se han cansado. No tiene mucha lógica, pero supongo que son de la policía. Siguen a Sabrio, pero él los conoce y se ríe de ellos. No son muy buenos, la verdad.

—¿Y si descubren quién eres?

—Toda mi documentación es falsa y no escondo nada entre mis cosas.

Bebí un trago y dejé el vaso vacío sobre la mesa. Lucía pinchó el último mejillón que quedaba y se lo llevó a la boca.

—¿Cómo sabes lo de la entrega? —dije.

—Sabrio está en el ajo. Él se encarga del desembarco y de la droga que se queda en la isla. Para el resto hay varios interesados. La droga viene mezclada con un cargamento de latas de atún. Nieve colombiana pura.

—¿Tienes idea de cuánta?

—Calculo que una tonelada.

—¿No es mucho?

—Pedralves lo tiene todo bien montado, no sé cómo la pasan pero aseguraría que no

lo sé porque no hay nada que saber: entra por el puerto como cualquier otra mercancía, y sale de allí en otro barco, o repartida en pequeñas porciones; siempre sin problemas. Han registrado varias veces los almacenes que tiene, pero nunca han encontrado nada. Aquí hay bastante gente pringada, o poca y bien elegida. De cada envío, una parte de la droga se queda aquí y Pedralves la distribuye, y una parte sigue camino para otros sitios, pero ya vendida, y a Pedralves le queda una comisión de la venta. Pedralves tiene siempre varios barcos entrando en puerto. Unos más grandes y otros más pequeños, pero cualquiera es suficiente como para albergar un alijo como éste. Aparte de pequeñas chorradas, es lo primero de importancia que van a hacer desde que estoy aquí. Así que le saco a Sabrio el nombre del barco y será pan comido. ¿Qué te parece?

—Demasiado fácil.

—Sí, pero eso es lo que pasa con el exceso de confianza. Ellos llevan años haciendo esto sin que pase nada y eso significa que entre la policía de aquí hay gente de mierda hasta el cuello; y que, por lo mismo, no esperan problemas.

—¿Qué pasa con los colombianos?

—Eso sí es complicado. Habría que contar con mucha gente; aquí, en Colombia, en la Península, hacer algo a lo grande. Eso es lo que yo esperaba que organizara el jefe, pero dice que es pronto. Tal vez tenga razón, si les pillamos un buen alijo se pondrán nerviosos, empezaran a desconfiar unos de otros y puede que ése sea el momento de aprovechar. Por eso él quiere que siga pegada a Sabrio y que no le toquemos.

—¿Y Pedralves?

—Pedralves estará jodido; son sus barcos. Sabrio es el heredero natural del negocio si cae su jefe; conoce contactos, proveedores, clientes. Lleva años manejando el negocio local. El problema para él será cómo pasar la droga. Lo curioso es que yo trabajo para que Pedralves caiga, pero sospecho que Sabrio también. Se ha vuelto ambicioso. Lo que no sé es quién le ha llenado la cabeza de pájaros; una cosa es robar un poco de droga y otra quedarse con todo. Demasiado para éste que sólo es un animal.

—¿Cómo sabes tanto?

—¿Tú qué crees? En la cama a los hombres se os suelta la lengua, más si queréis presumir. ¿No te lo dijo nunca tu abuela? Pueden más dos tetas...

La miré. ¿Cómo podía tener estómago?

—¿Qué piensas? —dijo.

—Mejor no te lo digo. A mí me ha puesto nuestro amado jefe al mando de esto, pero yo creo que eres tú quien tiene que decirme qué hago; para eso te la estás jugando.

¿Cómo hacemos?

—De momento espera. Cuando averigüe que barco es, tú te encargas del registro. Aquí que ni se enteren. Los únicos que conoceréis el nombre del barco seréis tú y el juez que expida la orden. Aparte del jefe, claro. Para llevar gente tendréis que inventar alguna historia. Y yo ni apareceré.

—¿Y si tu angelito sospecha cuando vea que todo se viene abajo?

—No tiene motivos. Además, si acierto, dará saltos de contento. El no tendrá la culpa, no se la habrá jugado y Pedralves se irá a la mierda.

—¿Cuándo tienes que volver con tu amigo?

—Esta noche, lo veré en su apartamento, ya me ha costado bastante librarme de él por lo que queda de día. Además de bestia, es celoso.

—No podré pasar la noche contigo, así que habrá que aprovechar la tarde.

—¿En qué estas pensando?

No contesté, no hacía falta.

La piscina tenía forma de ocho algo irregular, con uno de los círculos más grande que el otro. Estaba rodeada de tumbonas asentadas en un césped bien cuidado. Sobre ellas, una fauna de cuerpos se tostaban al sol. La mayoría eran viejos de media Europa: alemanes, ingleses, noruegos, suecos... Cuerpos coloreados en un arco iris de tonos que iban del suave sonrosado al rojo intenso. Una miscelánea de pechos colgantes, michelines desbordados y pieles rugosas expuestas a las miradas. En aquel amasijo, Lucía era un faro en la oscuridad y todos los ojos confluían en ella, quién sabe si llevados del apetito o de la envidia. Indiferente, ella nadaba con su impecable estilo. Sentado en el borde, yo perseguía obsesivo sus pechos desnudos, mis ojos eran dos trozos de hierro irremediabilmente presos de un imán. A pesar de todo, pensé, aquella gente de cuerpos ajados y agotados sabía vivir, sin inhibiciones, sin falsos pudores ni otras historias. Fueron jóvenes, pero parecía que nunca estuvieron tan a gusto dentro de su piel como ahora. Sentí envidia, a su felicidad yo sólo podía contraponer mi juventud, y la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo, y cada vez estaba más repuesto.

—¡Vamos!

Lucía me llamaba desde la piscina. Volví a la tumbona a dejar las gafas de sol y luego me lancé de cabeza para perseguirla por toda la piscina. Cuando la alcancé, me enzarqué en una infantil pelea de aguadillas. Agotados, salimos chorreando.

– ¿Dónde comemos? Y antes de contestar, que sepas que tú invitas.

Lucía se frotaba el pelo con la toalla, y yo no podía mantener la mirada en su cara sonriente. Era la Lucía siempre feliz, la mujer de vitalidad contagiosa que yo añoraba. A su lado, mi pesimismo vocacional resultaba aún más patético.

– Dónde quieras, tú llevas más tiempo aquí que yo. Pero exijo que no sea muy lejos, no me conformo con lo de antes.

– ¿Y qué te hace pensar que yo lo hago? Estoy harta de Sabrio. A ver si le enchirono pronto y me libero por un tiempo. Creo que necesito unas vacaciones con urgencia. Estoy más quemada que la moto de un hippie.

– Te veo antigua; ya no quedan de éstos.

– Pues fíjate si estoy quemada. ¿Y si los mandamos a todos a la mierda?

La pregunta de Lucía flotó en el aire sin respuesta. Y creo que me perseguirá siempre, como nos persiguen los momentos en que la vida nos dio una oportunidad de elegir, como nos persiguen los fantasmas de quienes amamos y dejamos escapar. Me perseguirá con dolor, con arrepentimiento, con frustración, con angustia; con la desazón de no haber corrido tras la felicidad, con la certeza de que esa dicha hubiese ocurrido; con la seguridad con la que sólo creemos en lo que ya es imposible. Desde aquel día, sus palabras me retumban en el cerebro cuando me despierto sobresaltado por las noches, cuando el más leve ruido hace que empuñe la pistola que escondo bajo la almohada, cuando en la oscuridad de la noche espero que un fogonazo alumbre el rostro de mi asesino; del asesino de cientos, de miles, de millones de hombres, porque el asesino es siempre el mismo, aunque tenga mil caras, aunque hable mil idiomas distintos. ¿Y si los hubiéramos mandado a todos a la mierda? Por más que huya, la pregunta estará ahí; no podemos huir de nosotros mismos, el fardo de nuestras miserias lo acarreamos allí donde vamos, y cada día pesa más, cada año pesa más y más, hasta que nos encorva la espalda en la vejez, hasta que no podemos andar sin apoyarnos en un bastón, hasta que morimos y ya no somos nada, y, por ello, tal vez ya seamos felices para siempre. ¡Joder! ¿Por qué mierda te cuento a ti esto?

*Continúa...*